



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

# **Tras el velo de la historia**

**Diana Carolina Sánchez Rodríguez**

**Universidad Nacional de Colombia**

**Facultad de Artes**

**Maestría en Escrituras Creativas. Narrativa y Cuento**

**Bogotá, Colombia**

**2012**

# **Tras el velo de la historia**

**Diana Carolina Sánchez Rodríguez**

**Proyecto de grado para optar al título de  
Magíster en Escrituras Creativas**

**Asesor externo**

**Julio Paredes Castro**

**Universidad Nacional de Colombia**

**Facultad de Artes**

**Maestría en Escrituras Creativas. Narrativa y Cuento**

**Bogotá, Colombia**

**201**

## CONTENIDO

	pág.
PRÓLOGO.....	4
LA NIÑA DE CAUCHO QUE NADIE QUERÍA VER CRECER.....	14
UN GRITO DE ALEGRÍA EN MEDIO DEL DESIERTO.....	25
DE LA MANO DE BEN.....	33
ENTRE TELAS, PINCELES Y PALETAS DE COLOR.....	46
¿DÓNDE ESTÁ LA PELUCA DE AZÚCAR?.....	54
HASTA QUE LA MUERTE LOS SEPARE.....	64
LARGA VIDA AL REY.....	73
SETENTA AÑOS DESPUÉS.....	82

## PRÓLOGO

Hace tres años aproximadamente trabajaba en uno de los diarios más importantes del país. Era redactora. Veloz y práctica. Llegué a escribir contenidos editoriales de diversos temas para revistas de treinta y dos páginas en tan solo una semana. En aquella época, los días, las noches y las madrugadas de los cierres de último minuto ocupaban todo mi tiempo.

Me causaba especial interés y admiración las historias de aquellas personas que a veces entrevistaba, pero que por cuestión de los lineamientos estrictos del periódico no se podían publicar. Esas que están más allá de las noticias que usualmente tenemos que escribir los periodistas. No solo la historia novedosa de una persona que hizo noticia en su momento y la 'chiva' en sí, sino lo que había más allá, la parte humana, la sensibilidad. Igualmente, además de sacar adelante los artículos, me gustaba la investigación, entrevistar a la gente y recrear las historias de manera diferente. Sin embargo la labor me impedía inmiscuirme en la parte humana de las historias, porque trabajaba en la sección de redacción comercial, donde solo importa lo que diga el cliente que paga la página. Las pautas de publicidad dan los lineamientos de los temas a tratar y fijan las personas que hay que entrevistar.

En principio fui feliz. Fue mi mejor escuela periodística. El trabajo tan anhelado desde que estudiaba en la universidad. Incluso debo reconocer que todavía adoro las salas de redacción. Sin embargo, pasaron los años y hubo un momento que me sentí estancada en mi escritura. Los textos efímeros e inmediatistas empezaron a fastidiarme y a encasillarme dentro de una escritura banal y artificial. Escribir los mismos temas una y otra vez empezó a aburrirme. Cuando tuve la oportunidad de hacer algo diferente también me desanimé. La

ficción y el lenguaje literario no están permitidos en los artículos periodísticos. Toda escritura debe ser clara y novedosa. Concisión, claridad, sencillez y brevedad son las reglas básicas que todo buen redactor de noticias debe conocer y poner en práctica.

Recuerdo un día cuando me dieron la tarea de hacer un artículo acerca de una vieja casa del centro, patrimonio cultural de la ciudad. La oportunidad perfecta. No desaproveché el momento. Hice una crónica acerca de la historia de la familia que allí habitaba y la arquitectura. Pero la sensibilidad y las ganas de escribir las historias más allá de lo noticioso quedaron vetadas nuevamente. Mi jefe de ese momento fue tajante.

“Te felicito por la inspiración. Muy sensible el texto, pero aquí lo importante es la noticia. Nuestros lectores no leen ese tipo de artículos. Siento el tiempo que le invertiste, pero hay que repetirlo”.

Lo triste es que para escribir en una sección cultural donde las crónicas están permitidas pueden pasar años o no llegar nunca. Ese es el derecho exclusivo de algunos viejos cronistas reconocidos que se han ganado el nombre en el medio por su labor de treinta años o más en el oficio.

En esas caóticas salas de redacción se me ocurrían ideas que algún día podrían cobrar vida en forma de cuentos, novelas o crónicas. Personajes admirables o no tan admirables que han hecho historia y que a través de los años seguimos recordándolas. Lo cierto es que los días pasaban y el tiempo nunca era suficiente para que esas ideas adquirieran cuerpo. Solo eran ilusiones de lo que podría ser ‘algún día’. Dejaba esas ideas de lado y volvía a concentrarme en mi labor de reportera.

Nunca fui muy cercana a la literatura. En realidad no era una persona que devorara cuentos, novelas o poesía. Me gusta leer, me gusta escribir. Siento esa necesidad, pero me gusta más la historia. Creo que esa es la razón de haber escogido el periodismo como mi profesión. Finalmente qué otra cosa es un reportero sino un mero escritor del momento. Lo que algún día será historia.

Nada mejor que leer un texto acerca de un personaje X o un hecho impresionante y después saber que ese suceso o protagonista fue real. Eso me emociona. Siempre me ha causado curiosidad y emotividad. Por ejemplo cuando leí por primera vez *A Sangre Fría* de Truman Capote surgió en mí mayor exaltación cuando supe que la historia del brutal asesinato de la familia de Kansas sucedió realmente en 1959.

Pasaban los días y mi proyecto de escritura seguía estancado en las salas de redacción, pero creo en el destino y ese fue el que me condujo hacia la Maestría. Llegó el momento en que mi vida dio un vuelco. Al fin tenía el tiempo suficiente para centrarme en un texto más elaborado. La época de la Colonia volvió de nuevo y los españoles llegaron al periódico donde trabajaba. Esta vez como los jefes.

Ese hecho hizo que las labores cambiaran, al igual que las rutinas de trabajo y las reglas administrativas. En ese entonces, yo era periodista freelance que se desempeñaba en cinco secciones del periódico. Razón suficiente para no disponer del tiempo para dedicarme a escribir otra cosa diferente. Sin embargo, con el cambio gerencial mi trabajo en el diario se redujo drásticamente.

Al principio entré en un estado depresivo. El periódico era mi vida, mi trabajo, mi escritura, mi todo. Pese a eso, después del duelo, mi interés se centró en la Maestría. Había llegado a mi vida la posibilidad de estructurar y darle vida a tantas historias que se habían quedado en el tintero, en mi mente, por falta de tiempo, pereza o desconocimientos para sacarlas adelante.

¿Qué tal un libro que reuniera personajes de la vida real y hechos históricos? Una mezcla entre realidad y ficción. Esa fue la idea inicial que presenté en el proceso de admisión y que fue el resultado de estos dos años y medio.

Llegué a primer semestre con muchas ilusiones de crear las historias, con todas las ganas y con una enorme seguridad de que era buena para escribir. Era capaz de redactar dos o tres artículos diarios. ¿Qué mejor antecedente?

Sin embargo, cuando estuve por primera vez en la clase de Taller de Narrativa con Alejandra Jaramillo, Martha Orrantía, Roberto Rubiano y Juan Diego Mejía mi seguridad empezó a desvanecer. ¿Acaso la escritura se pensaba tanto? ¿No era tan solo un oficio que la mayoría de veces se hace de manera inconsciente? ¿Algo que nace del fondo del ser? ¿Una necesidad visceral de contar una historia? No. Esa respuesta rotunda la empecé a notar clase tras clase, cuando analizábamos hasta el más mínimo detalle en todas las lecturas que se nos asignaba. ¿Qué significaba crear atmósferas, darle fuerza a un personaje, tener un punto de vista o crear un narrador omnisciente, protagonista o personaje?

No tenía ni idea. Es más, en los avances de mi proyecto empecé a notar que las respuestas a esos interrogantes estaban perdidas. No existían. Jamás me había sentido tan despistada escribiendo algo ni tampoco había reescrito un texto tantas veces. Me armé de paciencia, algo de lo cual carezco. Pero el sueño de hacerlo bien y aprender a escribir de otra manera fue más fuerte. Me gustaban las letras y el mundo de la literatura aunque desconocido y misterioso me empezaba a interesar.

*Rayuela* de Julio Cortázar y *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, libros que antes había leído y me habían parecido el producto de la esquizofrenia de los escritores, ahora empezaban a tener otro color. Una nueva dimensión. Un significado diferente. Los personajes y su psicología los entendía mejor, el manejo del tiempo y del narrador ahora me parecían el resultado de un gran trabajo, un logro impresionante de cada escritor para lograrla.

Al tiempo, analizábamos *Ulises* de James Joyce. En las clases de Azriel Bibliowicz comprendía lo que en días anteriores había leído sin entender. Noches tediosas donde me preguntaba qué era en lo que pensaba el hombre mientras escribía eso tan extraño. Sin embargo, el profesor prometía sin dudar que en el futuro, la lectura sería de mucha ayuda. No fue de un día para otro, pero sí que ayudó. Esos puntos seguidos, verbos que daban una imagen, el manejo del tiempo, las descripciones de la ciudad de Dublín, la confusión, la ambigüedad, los cambios de punto de vista, y el permitirse evitar la explicación en cada frase (muletillas típicas que tenemos los redactores de noticias) me empezaron a generar otro estilo. Una escritura, aunque muy primaria, distinta.



Era obvio que al comienzo mis textos no eran el reflejo de lo que quería decir. Seguía siendo un primate en la literatura. Mientras algunos de mis compañeros lograban textos poéticos y elogios de algunos de los mentores yo seguía adherida a la escritura trajinada del periodismo.

Era el comienzo de un proceso. Debía ser paciente y darme la posibilidad de evolucionar. En primer semestre mi proyecto no alcanzó a tener ni un mínimo de aprobación. Fue una etapa de ensayo y error.

Ya en segundo semestre, mi idea inicial de mezclar la realidad con la ficción tomó otro rumbo. Me lancé con un género que si no estoy mal, aún no se ha visto en los proyectos de la Maestría. La crónica. Un género tal vez olvidado y abandonado en algunos de los periódicos del país y subestimado a veces por los escritores que solo se centran en personajes creados desde la imaginación.

Me gustan los personajes de la vida real. Son tantas las historias que han pasado por mi vida y se han quedado ahí que de una u otra manera quería recordarlas y qué mejor oportunidad que en mi proyecto de grado. Así, empecé a repasar esos protagonistas, los personajes que harían parte de este proyecto.

Así nació *Tras el velo de la historia*. Una compilación de las historias de ocho personajes de la vida real que narran un momento crucial de su historia. El instante en que quizá su vida tomó el rumbo del destino.

Primero fue Nadia Comanecchi, uno de mis ídolos de infancia. La niña de caucho que nadie quería ver crecer. Una pequeña elástica que por su destreza en la gimnasia se vio involucrada, sin querer en una serie de adversidades personales.

Me lancé con esta historia en segundo semestre sin muchos avances. Era muy superficial, se quedaba en lo anecdótico, carecía de atmósferas, los diálogos eran artificiosos, no tenía un narrador claro. En últimas las decisiones literarias no se habían tomado. Eso decía mi tutor de ese entonces, Roberto Rubiano a quien le dio la razón Alejandra Jaramillo en la rotación que hacíamos al finalizar semestre.

Pero estas decisiones se tomaron en tercer semestre, cuando Lina María Pérez mi directora en ese momento me sugirió, primero, elegir los personajes que harían parte del libro y segundo, arriesgarme con un narrador en primera persona. ¿Qué tal un objeto? Un cómplice que acompañó a cada personaje en un momento de su vida y que pueda contar cada historia.

La idea me gustó no solo porque me pareció un reto interesante sino porque me obligaba a mirar la historia desde el punto de vista del objeto. Por fin llegó la literatura. La ficción. La manera de contar la historia, lejos del periodismo. La primera persona me posibilitaba tener un punto de vista y el objeto era el elemento de ficción tan anhelado que buscaba desde hacía más de un año para darme la libertad de centrar mi historia más allá de la realidad.

Este proceso fue complicado. Mis primeras lecturas para lograrlo fueron *Me llamo Rojo* de Orhan Pamuk y *Momentos estelares de la humanidad* Stefan Zweig, además de las crónicas que podía leer en las revistas especializadas en este género. Pamuk me dio el punto de vista.

El modo de ponerse en el pellejo de un objeto porque en su libro las cosas y los animales hablan. ¿Qué diría una estatua de un perro, la muñeca de Nadia Comaneci, el cuaderno de Rita Levi o la peluca de Celia Cruz si pudieran contar un momento de su vida?

Ese fue el interrogante que tuve que resolver durante tercer semestre y aterrizarlo en cuarto. El final del proceso. Con Julio Paredes como director de este último trayecto pude identificar las fallas. Más allá de lo anecdótico debía existir un hilo conductor. Una anécdota detrás de la historia. Esa manera de contar la historia de un personaje de la vida real de una forma distinta, como lo haría únicamente su objeto cómplice en un momento dado, sin caer en lo artificioso, lo forzado o premeditado.

Si me sacaba el periodista que tengo adentro, si me olvidaba de las lecciones de mis maestros y de mis jefes, seguramente podría sacar adelante este proyecto que al principio pareció tan complicado e imposible de lograr. Incluso, de vez en cuando me daba por vencida. No quería pensar, no quería escribir. Pero estaba enamorada de mis personajes, me necesitaban. Así que volvía. Reeleía, reescribía.

Así llegaron otras influencias. *Kafka y la Muñeca Viajera* de Jordi Sierra I Fabra me dio la posibilidad de mostrar la faceta de un personaje a través de una anécdota de su vida, ya fuera ficticia o real.

No podían faltar por supuesto *A Sangre Fría* de Truman Capote y *Fama y Oscuridad* de Gay Talase. En alguna ocasión tuve la oportunidad de leer ambos textos. Sin embargo, esta vez la lectura fue diferente. Capote me permitió jugar un poco con el suspenso y Talase me dio de alguna manera una oportunidad para recrear el momento de la vida de una persona

aún sin conocerlo, sin entrevistarlo. En su obra “Sinatra está resfriado” retrata al artista de una manera magistral sin haber cruzado una palabra con él para realizar este texto. Muestra la otra cara del cantante. Otra parte ‘real’ de los famosos que paradójicamente a veces no vemos en los medios de comunicación.

A lo largo de estos dos años y medio saqué infinidad de cosas. En primer lugar, el periodista lo dejé en la casa. En segundo lugar, algunos personajes que inicialmente había escogido tuvieron que esperar para ser retomados en otra ocasión, así como los hechos históricos que quería que fueran parte de este proyecto. La tercera persona que se me facilitaba tanto también la hice a un lado por un tiempo para tomarme la libertad de hablar en primera persona. Un objeto ficticio que narra cada historia.

Sin embargo, esta vez tampoco funcionó. Los textos narrados desde el punto de vista de los objetos no lograban ser convincentes ni suspender la incredulidad básica del lector. No tenían una voz convincente, en realidad la narración desde ese punto de vista era forzada y dejaba al lector con dudas jamás resueltas.

Así que la tarea comenzó de nuevo. Regresé a la tercera persona, pero el fondo de las historias continuó. Sin perder la importancia de los objetos, que en últimas es el hilo conductor de tantos personajes que a primera vista parecen ser tan diferentes, me enfoqué en trabajar una historia alterna en cada una de las crónicas, retratos o perfiles biográficos de este proyecto. Esto con el fin de permitirme contar ciertos sucesos informativos e históricos de cada personaje sin repetir lo que tantas veces se ha dicho de cada uno de ellos.

De ese modo, me centré en un momento de la vida de cada uno de ellos. Algo inusual (el elemento ficticio) que les ocurría en determinado momento. Con ello logré darle vida a ciertos sucesos de la historia, crear atmósferas y darles más peso físico y emocional a los personajes de cada texto.

Tampoco es la crónica convencional. Es más se puede decir que son realidades ficcionadas. Sin embargo, en cada historia se maneja una cronología, los objetos además son reales e importantes para cada uno de los personajes. Los hechos históricos y personas que allí aparecen también son verídicos y el tono informativo está dado por algunas de las citas literales donde los personajes hablan.

Nunca imaginé mezclar la realidad y la ficción de este modo. Pero ha sido una experiencia satisfactoria. Con esto no sé si llegaré a ser buena escritora. Tampoco era mi meta. No soy tan ambiciosa. Mi reto estaba en ser mejor periodista, más humana, más sensible y creo que lo logré. Ahora hay historias más allá, los personajes viven, no existen límites de espacio, la ficción y la imaginación son posibles, no hay pautas de publicidad que reduzcan al mínimo una buena historia. El punto de vista está permitido y las vidas ejemplares dejan testimonio. Cobran importancia no solo por un día sino por años.

## **LA NIÑA DE CAUCHO QUE NADIE QUERÍA VER CRECER**

Los cinco segundos que tardó el tablero en dar el resultado parecieron un siglo en la mente de Nadia. Mientras tanto, ella sonreía con su habitual gesto pícaro que deleitaba al público. Estaba confundida. El tablero indeciso mostraba 1.0 y ella no entendía. La pizarra no fue creada para mostrar un 10.0 porque nadie creía que esa calificación fuera posible. Era un diez, un diez perfecto.

Ese día el sol brillaba muy fuerte. Un lindo atardecer de verano en Montreal. Gentes de todas partes del mundo visitaban el famoso lago color turquesa, hábitat de un enorme árbol extraño que parecía crecer hacia abajo, donde se erguía la torre inclinada y se celebraban los juegos olímpicos de ese año.

Los visitantes ocupaban los bancos del recinto. Individuos de ojos rasgados, cuellos largos, pieles morenas, niños invadidos de sueños, ancianos llenos de recuerdos y jueces con ojos inquisidores fueron testigos de la hazaña perfecta de una gimnasta que ese 21 de julio solo pensaba en su muñeca preferida, mientras colmaba de victoria la bandera rumana.

Los murmullos de los asistentes se mezclaron con los alaridos frenéticos que venían del lado izquierdo del recinto donde las competidoras rusas hacían el ambiente pesado. Estaban envidiosas por ceder las medallas que durante años les pertenecieron.

Y ahí estaba Nadia, tan desconcertada que parecía reunir en su rostro todas las dudas y preguntas del mundo. Fue la última en reaccionar. Su mente estaba con Nadezha. Desde

hacía diez años hacía una colección de muñecas y esta era su favorita. Seis meses antes de la competencia, en el cumpleaños número catorce, papá se la había regalado.

La impresión de Nadia al verla por primera vez fue tan grande que por un instante quedó paralizada. Era igual a ella. Tenían diferencias físicas, pero la sonrisa, la elasticidad, la gracia y hasta la trusa que vestía eran idénticas a las suyas. Supuso la razón por la cual su padre la compró apenas la vio exhibida en el almacén. La muñeca era impecable, zapatillas blancas, trusa azul y una cola de caballo que exaltaba su posición erguida y elegante.

-Papá, es preciosa. ¿Puedo llevarla a Montreal?

- Para eso te la compré. Ojala te dé suerte en el campeonato.

Si bien Nadia tenía más de cien muñecas que iban aumentando con sus viajes, Nadezha era más que una parte de su colección. Desde que llegó a su vida, jamás la dejó en la casa. Con la premonición de su padre en mente, la llevó a todas las competencias como su amuleto. Pero ese día Nadezha estuvo ausente. Nadia no sabía bien si la había dejado en la casa, en el avión, en el hotel o la tiró sin darse cuenta en el coliseo. Lo cierto fue que su amiga no vio la presentación.

Lo extraño era el resultado del ejercicio. ¿Cómo era posible una puntuación perfecta sin Nadezha presente? Ella le daba suerte. Desde que llegó a su vida, muy de cerca, su amiga de plástico fue testigo de una historia llena de lágrimas, sonrisas, triunfos, inevitables cambios y sudor excesivo.

Tenían una conexión especial. No era la tradicional relación de una niña con su juguete. Nadia tenía catorce años y a esa edad las pequeñas ya no juegan a las muñecas. Más bien era su oyente, su amiga, su extensión, ella misma hecha de plástico. Después de los entrenamientos o las competencias, Nadia se tomaba un tiempo para conversar con ella. Así podía desahogarse. Por aquel entonces, Nadezha era la única que no le exigía nada. Solo la escuchaba atenta y con su mirada fija y perdida en sus ojos verdes parecía responderle.

Cuando su mente volvió al coliseo, Nadia se percató de la ovación del público. Los rostros del auditorio la sorprendieron. Los jueces también sonreían. Bella Karolly, su entrenador y todo el equipo la abrazaban tan fuerte que se sentía asfixiada. Necesitaba aire y un tiempo extra para asimilar la puntuación.

Quince minutos antes de la competencia, en busca de la muñeca, Nadia se perdió dando la vuelta por el coliseo. No se había percatado del tamaño del lugar hasta ese momento en que lo rodeó. Más de tres mil asistentes parecían mirarla sólo a ella. Nadia los observó y sintió el despertar de la adrenalina en el interior de su estómago. Pero recordó que tenía su presentación en diez minutos. Así, la búsqueda de su amiga tuvo que esperar. Cerró los oídos, se hizo la ciega ante las tribunas e impregnó sus pequeñas manos en el magnesio para no resbalar en las barras. Sin saber cómo, en un instante estuvo de nuevo junto a su equipo.

Quince minutos tardó el calentamiento. Nadia, como todos los gimnastas, sabía bien que la elasticidad es algo innato en las niñas que como ella se estiran como chicle y pueden quedar pegadas en el piso haciendo un ángulo perfecto de 180 grados sin que les duela ni se les



mueva ni un pelo, pero para lograrlo debía trotar y estirar para evitar el desgarre de los músculos.

En ese momento se olvidó de todo, incluso de Nadezha y en un dos por tres, con una mirada imponente invitó a las dos barras a que la sostuvieran con fuerza durante un minuto. Desde ese momento hicieron la pareja perfecta: las asimétricas la sostenían, mientras ella giraba. Dos vueltas en la barra de abajo fueron el inicio y el impulso preciso para quedar suspendida en el aire y agarrar la barra de arriba donde hizo tres giros. En la última vuelta su movimiento fue perfecto. Triple salto mortal para aterrizar. Al final del ejercicio se paralizó. Nadia hundió los pies sin moverlos un solo milímetro y cuando elevó los brazos para despedirse del jurado, la llama olímpica se encendió con ella en aquellos Juegos Olímpicos de Montreal en 1976.

Desde ese día, comenzaron las habladurías. Nadia fue la primicia del 22 de julio en todos los periódicos del mundo. La ‘chiva’ para los medios de comunicación. Ella escuchaba a diario un sinfín de comentarios, mientras recordaba a su muñeca en la habitación número 333 del hotel. Trataba de pensar solo en su marcación perfecta pero era imposible. Su mente trataba de recordar dónde había quedado su fiel amiga. La última vez que le pareció verla fue en su cuarto cuando empacaba la maleta para partir hacia Canadá.

Entretanto, los comentarios de los noticieros se acrecentaban. Decían que Nadia no era humana, que tenía algo inexplicable que los estudiosos más adelante tendrían que descubrir; que era la predilecta de los jueces; que el régimen de su país había pagado grandes sumas de dinero para ganar el campeonato ese año. Para completar, algunos

periódicos y emisoras de Montreal afirmaban que no se parecía a las niñas lindas que se veían en la televisión o en las revistas. Ella escuchaba cómo nadie se explicaba que una pequeña con una piel pálida como mango biche, ojerosa y sensiblemente delgada lograra enamorar al mundo del siglo XX, donde ya se empezaba a vislumbrar que la belleza era tan o más importante que la habilidad y el talento.

Pero Nadia tenía un don. Además de ser un prodigio del deporte, tenía una encantadora gracia y personalidad. Con ello desmitificó todos los comentarios. Los buenos y los malos. Era grandiosa en lo que hacía. Punto. En tan solo diez días se convirtió en la novia de los Olímpicos. El mejor homenaje a los dioses griegos. La niña de caucho que nadie quería ver crecer.

No tenía que hacer mucho esfuerzo para permanecer erguida. La agilidad y la distinción que destacaba en sus movimientos habían nacido con ella. Los saltos mortales eran extremadamente elevados y su danza apasionada con la gimnasia tumbaron esa vieja creencia de nadadores y patinadores, quienes en ese entonces aseguraban que este no era un deporte, sino una simple afición para locos y arriesgados contorsionistas que junto a malabaristas, elefantes y payasos hacían parte del espectáculo de un circo.

Cuando terminó la competición en las barras asimétricas, a eso de las seis de la tarde, mientras caminaba por la ciudad con una de sus compañeras de la liga rumana, Nadia fue sorprendida por miles de reporteros. Los flashes de las cámaras alumbraban su cara, mientras la acaloraban aún más con decenas de preguntas a las que ella no contestaba. Solo sonreía. Estaba acomplejada. No hablaba inglés.

- ¿Dijiste algo?- le preguntó Bella, el entrenador después de sacarla de allí.

-No, no dije nada. Es más, no entendí nada.

-Ven, es mejor que no salgas sola. De hoy en adelante, cada vez que quieras dar un paseo deberás hacerlo conmigo.

Esa noche llena de gloria, a Nadia se le pasó por la mente el último diálogo que había tenido con Nadezha. Le contaba acerca de sus primeros años. En sus recuerdos más tempranos aparecía papá hablándole en su humilde habitación, repleta de medallas y muñecas, preguntándole una y otra vez si la gimnasia la hacía feliz. Mamá preparaba la comida mientras ella saltaba de un sillón a otro. Nunca estaba quieta.

“¿Sabes Nadezha? a papá nunca le han importado mis puntuaciones. Se preocupa demasiado. No le gustan los entrenamientos. No sé por qué me regaña cuando dedico muchas horas a las prácticas. No es nada malo ¿o sí? No sé por qué no lo entiende. Esto me hace feliz”.

En la mañana del día siguiente, después de estar lista, Nadia bajó al *lobby* del hotel para preguntar al personal encargado de la limpieza si de casualidad había visto su muñeca. De pronto levantó la cabeza, volteó la mirada y se encontró con su fotografía en la prensa que estaba en la recepción. Decenas de periódicos en inglés y francés abrían las páginas con su fotografía. La muchacha, agarró uno de los periódicos y leyó el sumario. Pidió al recepcionista que le tradujera.

“La definición de la perfección es compleja; sin embargo lo que más se acerca a ella es la manera en que Nadia Comaneci, una rumanita elástica de tan solo catorce años de edad, realizó sus piruetas con especial delicadeza ayer, en la primera competición de aparatos en la disciplina de Gimnasia de los Juegos Olímpicos”.

Faltando cinco días para que terminaran las competencias, las expectativas por el resultado final se hacían más grandes. Los ojos estaban puestos sobre ella. Nadia había obtenido dos puntuaciones perfectas en las asimétricas y el caballete, y un puntaje de 9.90 en la barra de equilibrio. Pero aún así faltaba la competición en el suelo para definir el *all around* individual y por equipos. 9.85 marcó el tablero. Con ello llegó la victoria completa.

Nadia fue la primogénita de una pareja de rumanos, una costurera y un oficinista del viejo régimen rumano. Si hay nombres que influyen un modo de vida ese fue el caso de la pequeña. Ellos decidieron ponerle a su hija Nadia, inspirada en Nadezhda, el nombre de una heroína de una película rusa que significaba esperanza y que fue concebido casi como una profecía gitana.

Para Nadia la sensación de estar en el lugar más alto del pedestal olímpico no era nueva. Ya había estado allí doce veces. Sin embargo, en esta ocasión fue diferente. La ausencia de su amiga de plástico era una mala premonición. El himno de Rumania retumbó en sus oídos, mientras la corona de laureles cayó al piso. El oro, la plata y el bronce esta vez le resultaron pesados.

Dos días antes de regresar a Rumania Nadia tenía que conceder una entrevista a un canal de televisión canadiense que había firmado la exclusividad con el Gobierno. Bella se encargó de todo.

- Recuerda lo que he te dicho.
- ¿No será que tú puedes entrar conmigo? ¿Qué tal que todo se me olvide?
- Voy a estar contigo, pero no puedo decir nada. Además, hablé con los conductores del programa y aseguraron que harían únicamente preguntas acerca de tus entrenamientos y las competencias, pero por si acaso preguntan algo sobre tu vida en Rumania es mejor que tengas claro lo que puedes decir y lo que no.

Cruzando el lago San Lorenzo se encontraba la oficina donde se realizaría el programa. Nadia estaba fascinada con la vista. Los campeonatos se convirtieron en la excusa perfecta para conocer lugares encantadores. De repente se encontró en medio del estudio donde apareció una señora de mirada tímida y una imagen suave pero imponente. Sophie Holden, la presentadora del espacio televisivo. Anunció que entrarían al aire en diez minutos, mientras el traductor, un hombre gordo con acento francés y tono fuerte, le indicó a Nadia cómo iban a conducir la entrevista. Ella debía mirar la cámara número cuatro y cuando él levantara la mano iban a receso de comerciales. Ahí podrían descansar.

- Bien Nadia, cuéntanos acerca de tu vida, además de la gimnasia. ¿Qué otras cosas haces?

- Nada que no hagan otras niñas: voy al colegio, juego con mis amigas, ayudo a mamá en la casa, salgo a dar paseos con mi papá y juego con mi hermanito.
- Y a la gimnasia ¿cuánto tiempo le dedicas al día?
- Ensayo de tres a seis de la tarde, pero si hay competencias entreno un poco más.
- ¿Y a qué le atribuyes tus puntuaciones perfectas?
- Solo hice mi mejor rutina. Cuando estoy en una competencia trato de pensar que no estoy compitiendo, solo intento que salga mejor que la anterior y ¡ya!
- ¿Qué es lo que más te gusta de la gimnasia?
- Que puedo salir de viaje y conocer muchas personas que me regalan muñecas. Tengo una colección.
- ¿Muñecas? ¿Cuántas tienes?

Por un momento un silencio sepulcral se adueñó del estudio. Las lágrimas contenidas estaban en su garganta. Sentía pena, tristeza y dolor. No quería responder a la pregunta pero tenía que hacerlo.

- ¿Nadia?
- ¡Oh si! Mis muñecas. Antes de llegar a Montreal tenía ciento sesenta y tres.
- Bueno dime ¿Qué debe hacer una gimnasta para obtener puntajes perfectos?

- No lo sé. Lo que yo hago es lo que más me gusta, adoro los ensayos y las competencias. Creo que se necesita ensayar mucho y tener un buen entrenador.
- ¿Y cómo te sientes de ser la Reina de Montreal?
- ¿Reina? ¿Yo? No soy una reina, solo soy una gimnasta.

En el receso, Nadia estaba fatigada. Pidió un vaso de agua cargado de hielo. Necesitaba refrescarse. Nunca había estado tan nerviosa, ni siquiera en los campeonatos mundiales. La ansiedad se hacía evidente en sus manos sudorosas.

- Nadia te tenemos una sorpresa. En breves instantes, te mostraremos un comunicado escrito donde podrás ver lo que está pasando en tu país, así como un saludo especial que el presidente de Rumania, Nicola Ceaucescu, escribió para ti.

La foto a color mostraba al señor en una casa gigante y luminosa. Su testimonio revelaba algo que Nadia no entendió bien. Supuestamente ella había demostrado ser una rumana de verdad y la llamaba la Heroína del Trabajo Socialista. El encuadre de la fotografía iluminaba su risita irónica.

“Nadia sé que estás pensando en todos nosotros. ¿Recuerdas que te había dicho que tenías un talento enorme y con tu disciplina y el duro entrenamiento lograrías dejar muy en alto el nombre de tu país? Gracias por confiar en mí, preciosa, gracias por acordarte de todos tus compatriotas cuando estabas en esa competencia. Sé que todo lo que hiciste allá en Montreal lo hiciste por Rumania”.

Los ojos de Nadia se hicieron más grandes. Sus ojeras se acentuaron. No era para menos. Nadia apenas si conocía el nombre y el apellido de este señor. Nunca había hablado con aquel hombre de traje negro y corbata roja.

Cuando regresó a Rumania la esperaban varias competencias y algunas historias que con el tiempo ella prefirió sacar de su mente. Lo que ella jamás olvidó fue el vacío que sintió los quince días de competencia cuando su muñeca favorita desapareció. Sintió un alivio inigualable cuando la encontró tirada debajo de la cama.

Lo mismo pasó con algunas personas que solo se quedaron con apartes de la historia de Nadia. Para la gente, ella sigue teniendo catorce años y una sonrisa tímida y reservada que escondía secretos que solo Nadezha conocía. ¿Y la gimnasia? Este era el territorio donde la pequeña Nadia se apropiaba con una habilidad tal que dejaba a todos mudos, perplejos ante sus mágicos movimientos que con inigualable destreza producía. Ante semejante espectáculo, las personas no sabían si reír o llorar, si dejarse atrapar por el hechizo de sus malabares o de plano hundirse en la fantasía.



## UN GRITO DE ALEGRÍA EN MEDIO DEL DESIERTO

Hacía más calor de lo habitual. El sol debía esconderse, pero no la hacía. Era como si la luna se negara a salir esa noche. Los nervios torturaban a Soheir. La ansiedad la sofocaba y le hacía perder el aliento en cada movimiento. Necesitaba un descanso de al menos cinco minutos. Estaba asfixiada. Fue en vano. Sabía que no podía. Debía continuar. El ensayo era inaplazable. En algunas horas, los asistentes se plantarían como árboles hasta ver en escena a la bailarina más popular de Egipto: Soheir Zaki.

Un cinturón de cien monedas doradas atado al cuerpo marcaría sus movimientos de cadera y las vibraciones de manera precisa. Toda bailarina de la danza del vientre lleva consigo un accesorio brillante para destacar su figura. Era un ritual. Más que una danza el *Raks Sharki* es una oda a la feminidad donde se unen las mujeres para rendir homenaje a la vida, a la madre tierra, a su fecundidad y a las diosas del amor y la fertilidad. Es por eso que los movimientos se centran en la cadera, el vientre, el pecho y la pelvis.

A las dos horas estaba en su camerino, uno de los más modernos que había tenido, con espejos de cuerpo entero, casilleros, regadera, una habitación blanca con luz día, lo que a veces hacía que perdiera la noción del tiempo y escuchara un grito impaciente de alguien con mucha prisa, para saber a qué hora saldría.

Cuando terminó de pintarse las uñas Soheir atendió el teléfono. Sudó durante esta llamada. Los músicos estaban demorados y al cinturón que estrenaría esa noche le faltaban los últimos retoques para quedar listo. Probablemente la costurera no lo tendría terminado para la velada.

No lo podía creer; había pasado horas ensayando y el cinturón lo había mandado a hacer con anticipación. Dos meses tardó en preparar el espectáculo de aquella noche. En una madrugada de agosto Soheir estaba desvelada. Los pensamientos obsesivos la hicieron ponerse de pie. Escarbó entre su ropa, agarró un disco con una mujer robusta en su portada. Escuchó una canción extraña. Los compases no eran claros. La percusión en la música árabe es muy notoria, los tambores y los demás instrumentos llevan el ritmo. Pero este bolero árabe de Inta Omri, la voz favorita de Soheir, se negaba a cobrar vida en la danza. Aún así, ella quiso bailar.

No recordaba bien cuántas veces escuchó el mismo tema. Era inexplicable. Soheir solo bailaba *Baladi* y esta canción no se podía clasificar entre ninguno de los géneros egipcios ni turcos comunes. No era *Awadi*, ni *Dabke* ni *Karsilama*. Tan solo una mezcla musical que parecía una simple introducción con una voz aguda al fondo que elevaba sus impulsos y la incitaba a seguir. Cuando alguna melodía la invitaba a bailar se volvía caprichosa. Hacía todo para sacar adelante la pieza musical, a través de su cuerpo.

Quería hacer algo diferente. Sus coreografías convencionales se habían agotado. Deseaba sorprender al público. Era una idea que le había dado vueltas desde hacía varios meses y que surgió, en parte, de la conexión musical que tuvo con ese ritmo. Apropiarse de esta melodía tan inusual con un cinturón deslumbrante era la oportunidad perfecta.

Hasta ese día, Soheir bailaba ritmos populares. El baile del campo es una danza folclórica, del pueblo. Los movimientos son suaves y sugerentes, y los golpes de cadera se hacen con dirección hacia el suelo. Los músculos deben ser flexibles y estar entrenados para lograrlo.

Sin embargo en su mente siempre surgía una pregunta: ¿cómo podría moverse con esta pieza musical si no existían los acordes necesarios?

Pasó noches enteras con su amigo Naghib, un músico reconocido en Egipto, quien le ayudó a hacer los arreglos musicales para la presentación. Ni él mismo supo cómo lo hizo. Pero, como por arte de magia, el hombre le dio un giro rotundo al ritmo. Sin perder su esencia, de una manera tímida y lenta, el ritmo iba perdiendo el miedo a hacerse presente. La percusión entró casi de manera imperceptible. Era como un diálogo entre la melodía y el tambor. Uno hablaba con un *tac* y el otro respondía con un *dum*. Mientras tanto iban entrando el resto de los instrumentos para darle más color y mayor nitidez al diálogo de los protagonistas y al fondo el suave timbre de Inta Omri.

Estaba todo listo. Bueno, no todo. Faltaba lo más importante, el accesorio que remataría el ajuar. Sin el cinturón no podía bailar. ¿Cómo ganarle la batalla a su rival? Era una carrera contra el reloj. Necesitaba llegar primero a escena; de lo contrario, Nagwa, su más fuerte opositora en el baile podría adelantarse y presentarse antes. Inaudito, debía evitarlo a toda costa. Esa noche escogerían entre las dos a la bailarina que viajaría al continente americano como maestra de danza oriental.

Los aficionados a ver la danza del vientre de aquella época tenían presentes solo algunos nombres de mujeres famosas en este arte. Pero el que Soheir jamás olvidaba era el de Nagwa Fouad. Por esta mujer siempre tenía que trabajar horas extras y ese día no fue la excepción. Nunca era fácil cuando ella estaba de por medio, debía disponer de más tiempo y hacer un esfuerzo tremendo, cada vez que compartían el escenario. Después de Soheir,

ella era la bailarina más nombrada de ese lugar. Cada vez que las llamaban para alguna presentación, las dos corrían a avisar a los músicos, y enviar sus cinturones y al resto del vestuario lo más pronto posible, viendo quién llegaba primero. Era agotador.

De un momento a otro Soheir se llenó de esperanza y la calma invadió el camerino. Quizá podría improvisar el cinturón para la presentación de esa noche. Esculcó en su armario y sacó un pañuelo brillante con cientos de lentejuelas plateadas y bordadas en su superficie. Pero no servía, tan solo tenía cincuenta monedas y para deslumbrar en el escenario el cinturón necesitaba cien.

Su mente estaba inquieta, no dejaba de pensar ¿cómo ganaría la competencia esta vez? En el fondo se negaba a la posibilidad de ponerse un cinturón extravagante como los que usaba Nagwa para llamar la atención. Su rival era excelente en la danza pero amaba los flashes. Su afán de protagonismo era más fuerte que el arte. Hizo todo para llamar la atención de las cámaras. Perdía el interés en el baile por mostrar su belleza que, según ella, la llevaría muy lejos. Soheir era lo contrario. No se asombraba con las luces. Era natural. Odiaba el maquillaje recargado, el cabello postizo y el vestuario llamativo. Su atracción estaba en la simplicidad. Ella traducía la música de forma precisa y espontánea en su danza. Era esa la razón de escoger vestuarios tan sencillos como el que había mandado a confeccionar hacía un mes y no había llegado. Cinturones sobrios, prendas elegantes, texturas suaves y traslúcidas, y tonalidades pasteles resaltaban las marcaciones rítmicas que hacía con su cuerpo.

Cuando Soheir aprendió a bailar no necesitó maestras ni academias. Para ladear la cadera de izquierda a derecha o ensanchar el vientre y enterrarlo entre sus costillas al compás de los tambores se guiaba por su instinto. Soheir llevaba la danza dentro. Esa muchacha joven de cabello negro, ojos claros, cuerpo robusto y un talle diminuto se movía como una serpiente cuando seduce a su presa antes de devorarla. Sus encuentros con la danza eran como un poema de reconciliación con su fertilidad y su cuerpo. Su fino oído musical también hacía lo suyo. Siempre detectaba cuando alguno de los músicos de la orquesta, encargados del acompañamiento, desafinaba en una que otra nota.

Por aquella época, hacia los años setenta, la competencia era violenta. Los cabarets cada día eran más exigentes y las bailarinas ya no solo querían mostrar sus dotes coreográficas, sino que soñaban con ser estrellas de cine o presentadoras de televisión. El sueño importado de occidente. El caso de Soheir fue diferente. El trabajo continuo en los clubes nocturnos y en las bodas fue lo que le dio la fama. El primer bar donde bailó fue el *Auberge*, en la calle prohibida. Un lugar que despertaba cuando el resto de la ciudad dormía. Allí se destacaban las mejores bailarinas egipcias. Los cabarets estaban llenos de brillo. Velos, piedras luminosas y colores plata y oro resaltaban los pasillos de los clubes nocturnos.

Pero el respeto hacia la danza popular y sus vestuarios sobrios eran lo que hacía a Soheir una bailarina particular. Ella rendía un culto a su arte, al Baladi y lo honraba con cada paso que daba. Siempre fue clara en eso. Cada vez que le ofrecían realizar un espectáculo que comprometiera su talento o su imagen, como usar cinturones extravagantes, pelucas, maquillaje excesivo y realizar pocos movimientos artísticos, deleitando al público con el

hechizo de su mirada, el vestuario, hermosura y sensualidad y, por qué no, cantar algún tema de manera improvisada, la respuesta era enfática:

“Sé muy bien que esto se pone difícil, pero aún así, no lo haré. Jamás comprometo mi integridad. La danza no es un medio para lucir el cuerpo y posar en escena. Me niego rotundamente a hacer esa clase de espectáculos. Nunca me pondré esos vestidos. Nadie me verá disfrazada en el escenario ni me verá hacer movimientos sin gracia”.

Faltando una hora para la presentación, Soheir no sabía qué hacer. Había acomodado su vestuario pero no estaba convencida. El cinturón de los ensayos podría acompañarla a bailar. No era lo que esperaba, pero en últimas era el único que le daba confianza.

Hizo decenas de llamadas esa tarde. Necesitaba encontrar un ajuar de inmediato. Se sentía agotada. De pronto escuchó el repicar de los tacones que se acercaban al camerino. Cuando la puerta se abrió, apareció la diminuta figura de la costurera. Llevaba en sus manos el cinturón. Tan pulcro y brillante como Soheir lo imaginaba. Le faltaba adherir diez monedas pero lo haría camino a la presentación.

Como siempre, ganó la carrera. Soheir fue anunciada primero que Nagwa. Al fin la luna accedió a salir. Una vez se encendieron las luces sobre la calles de las Pirámides, el lugar del encuentro estaba listo. *Shalam* tenía un brillo especial. Estaba enmarcado por colores radiantes, candelabros, chinchines, abanicos de seda, lentejuelas plateadas y boleros árabes que cobraban vida en el cuerpo de las principiantes que hacían la antesala al esperado acto.

Cuando apagaron las luces del auditorio, sonaron los primeros acordes de la sonata para que Soheir se ubicara silenciosamente en su lugar. Las cortinas del telón se abrieron,

levantó el rostro a la luz cegadora y con sonrisa de emoción contenida comenzó a bailar. El movimiento de su cintura se hizo más notorio. La cadera subía y bajaba con mayor inclinación. Lo mismo pasó con su atuendo. El nuevo cinturón apareció atado a su cintura. El brillo resaltaba con tanta fuerza que parecía que el color dorado se reflejaba en los rostros de los visitantes.

Las rotaciones y los círculos sobre su eje esta vez fueron más sutiles. La separación de los movimientos de la cadera, el vientre y la cintura fue inmejorable. Las monedas vibrantes del cinturón solo sonaron en el momento preciso. Cuando el tronco, el pecho y los brazos serpenteantes eran los protagonistas, el objeto de tela permanecía inmóvil.

Mientras deslizó sus pequeños pies desnudos por el escenario, Soheir rotaba su tronco dibujando figuras domésticas y salvajes: camellos, toros y felinos se apoderaron de la melodía. Los hombros pintaron las olas del mar y los brazos y las manos en posición armónica crearon imágenes de aves libres, después de permanecer años en cautiverio. El cuello se movió de un lado a otro, los dedos enmarcaron sus ojos y las caderas formaron el símbolo del infinito. Las manos mostraban cada uno de sus movimientos y rozaban levemente su rostro que lucía deslumbrante.

El perfume del aceite de sándalo también fue parte del *show*. Minutos antes, Soheir había ungido sus muñecas. Cuando las rotó con delicadeza hacia adentro y hacia afuera con los brazos estirados por encima de la cabeza que relucía con una tiara de oro, el leve aroma se desprendió de su cuerpo e impregnó de magnetismo el escenario y el lugar. El público estaba extasiado.

La palabra sensualidad cambió de significado cuando terminó el baile. ¿Por qué la imagen de la bailarina oriental erótica y seductora cobró otro sentido con ella? Soheir solos obedecía a su talento. Su cuerpo se movía en dirección a lo que le indicaba su interior y eso hizo que su esencia femenina saliera a flote sin pretensiones de ninguna clase. La naturalidad fue la clave.

A partir de esa noche, Soheir visitó lugares insólitos y encantadores. Edificios muy altos con letreros brillantes invitaban a la gente a comprar, beber o fumar. Conoció nuevas ciudades y otras personas. Enseñaba a bailar a niñas y mujeres de color extraño, blancas como algodón y con unas expresiones nuevas que a veces no entendía bien. Sin embargo, era divertido. Las mujeres sonreían todo el tiempo. Parecían felices. Sus labios se ampliaban mientras su cintura se reducía con los movimientos que Soheir les enseñaba.

Fueron varios años recorriendo aquellos lugares. Sitios donde las muchachas usaban ropa corta y mostraban la piel. Calles llenas de luces y ruido, saturadas de humo y de olores que ahogaban hasta a los gatos callejeros. La gente era distraída. No miraba, no escuchaba, no sentía, solo corría. Era como si el ambiente invitara a acelerar los pasos sin razón. Pero Soheir no quería correr. Necesitaba bailar.

Por eso, más tarde, regresó a Egipto con un nuevo desafío: dirigir. Esta vez llenando el escenario con pequeñas aprendices orientales y occidentales en un solo número. Así comenzó una nueva función.



## DE LA MANO DE BEN

Un temblor involuntario de menos de un milímetro sería suficiente para matar a los dos niños. Patrick y Benjamin Brinder, dos pequeños de siete meses de edad estaban tendidos en diminutas camillas, esperando la intervención. Solo la conexión entre el conocimiento del neurocirujano y su mano mágica, empuñando un bisturí y siguiendo la dirección correcta lograría hacerlos pensar por sí mismos.

En las primeras horas de ese lunes de febrero, cuando la operación llevaba tres horas, un grito interfirió el silencio. Llenó de ansiedad aquella sala de cirugía donde hasta hacía pocos minutos reinaba la paciencia y la tranquilidad.

“¿Mi bisturí?”.

En un abrir y cerrar de ojos se había refundido. El banco del hospital Hopkins había proporcionado todos los instrumentos para la operación, pero Ben utilizaba el bisturí personal para estas intervenciones. La angustia estaba vetada en esa ocasión. Sin embargo, poco a poco se adueñaba del lugar. La tensión de los médicos empezaba a hacerse notoria en las expresiones de sus rostros y sus cómplices miradas.

Para completar, la sangre tipo AB negativo, necesaria para la operación, se había agotado. De repente, tan solo unas cuantas gotas se convirtieron en cascadas de sangre. El líquido

espeso salía a borbotones de las pequeñas cabezas. Buscaba la salida, como si quisiera la libertad.

Hasta ese momento, las vidas de los bebés estaban unidas por sus cráneos del tamaño de una naranja. Meses antes, los padres de los niños, habían rogado por una solución certera, en últimas, un milagro. Todas las posibilidades científicas estaban agotadas. La única respuesta terrenal: el médico norteamericano Ben Carson. Un neurocirujano infantil que hasta el momento había realizado cuatrocientas cirugías de alto riesgo. Sin duda, el único capaz de enfrentarse a una operación tan aventurada como esta.

Cuando acudieron a él, no quería hacerlo. Lo sabía. Al separar sus cráneos, en cuestión de minutos los pequeños se desangrarían y morirían. Aún sabiendo el riesgo que corrían, los padres angustiados seguían insistiendo.

Cabía otra posibilidad.

“¿Sacrificar a uno de ellos? Ni lo piense. ¿Cómo me pide escoger, doctor Carson? Aunque son muy pequeños, cada uno tiene su personalidad. Patrick juega mientras Benjamin duerme o come”.

Cuando Ben escuchó las palabras de Theresa y vio la angustia apoderada de sus ojos, supo de inmediato que no había manera de hacerla cambiar de opinión. Era iluso. Recordó a su madre. Entendió su amor desmedido. Una mujer prefiere sepultar a sus dos hijos y desgarrarse el alma intentando darles una vida digna antes de renunciar a uno de ellos.

El nerviosismo sofocaba el lugar y se apoderaba de la sala de operación. Pese a los vasos sanguíneos compartidos de los niños, el proceso de la anestesia se realizó en corto tiempo. Cuatro meses tardó la planeación para evitar cualquier imprevisto. Sin embargo, como suele pasar en algunas cirugías, un solo detalle puede generar caos en cuestión de minutos. La sangre de los niños en ese momento perdió las propiedades de coagulación, lo que cabía dentro de las posibilidades. La falta de bolsas de sangre y la pérdida del bisturí del neurocirujano fueron suficientes para quebrantar la serenidad.

Pero Ben mantuvo la calma. Operaba con un bisturí nuevo, mientras rezaba en voz baja. Sabía que una cirugía planeada durante tanto tiempo no podía irse por la borda por falta de provisiones. Error de cálculo. Tal vez fue una intuición o una premonición. Lo cierto fue que en pocos minutos retornaron, en parte, la tranquilidad y la esperanza inicial. A las cuatro horas de iniciar la operación, el banco de sangre de la ciudad consiguió el número de unidades necesarias para continuar con la intervención. Aún así, Ben sentía cierta molestia al maniobrar el nuevo instrumento.

La sangre desbordada se detuvo en una hora. El control de los internistas y hematólogos fue básico en este procedimiento. Con los suministros necesarios para terminar la cirugía, los especialistas devolvieron la coagulación normal a los pequeños.

En ninguna de las cirugías anteriores a Ben lo había asistido tanta gente. Ni siquiera cuando operó el cerebro de un bebé aún en el vientre de su madre o cuando extrajo el cincuenta por

ciento del cerebro de un niño, un año atrás. Esta vez fue diferente. Ese día, había más de sesenta personas entre enfermeras, auxiliares, paramédicos y profesionales de todas las especialidades de la medicina. Todo el equipo se preparó para asumir la hazaña científica del momento.

Aunque Ben pasaba noches enteras sin dormir, concentrado en sacar adelante neurocirugías de alto riesgo, su cuerpo se mantenía intacto. Pesaba noventa kilos, lo mismo que cuando se graduó de Yale; su contextura seguía siendo fuerte y atlética, su cabello rizado oscuro había guardado el brillo y sus manos mantenían el equilibrio para manipular los elementos de cirugía.

Es cierto que era un hombre joven. Para ese entonces tenía treinta y siete años, pero las extenuantes jornadas a las que se sometía le irritaban los ojos y le daban un aspecto cansado.

Ben cuidó hasta el último detalle. El bisturí que su madre le regaló unos días antes para que lo acompañara en la cirugía y que minutos antes había desaparecido estaba diseñado para realizar pequeños cortes. Por un lado, podía hacer incisiones finas y leves de estructuras blandas como la piel y los cartílagos. Con la otra cara lograba perforar, hacer incisiones de órganos más profundos y estructuras difíciles de penetrar como las capas del cerebro o los huesos craneales.

Horas antes, Ben lo sujetó por el mango con su mano derecha para comenzar la tarea. Sabía que no podía resbalar. Esta vez no. Tendría que agarrarlo de manera firme. En la última operación el bisturí se le escurrió y el filo resultó clavado en el piso. Los incidentes no estaban permitidos en esta ocasión.

Así, lo tomó entre el dedo pulgar y el índice y presionó con ligereza la parte superior. Apuntaba antes de intervenir las venas o arterias para evitar el desangre. Fijaba la mirada con precisión y seguía su curso.

Mientras intervenía las meninges tuvo la misma sensación que experimentó en su primera visita a la Universidad de Hopkins. Estaba entusiasmado y a la vez ansioso, las manos le sudaban y los ojos le brillaban. Sus pupilas se dilataron aún más cuando se encontró de frente con la fachada del instituto.

Lo motivaba pensar que cinco mil quinientos estudiantes pasaban por allí todos los días. Algunos viajaban largas horas en tren para llegar a alguna de las sedes ubicadas en todos los estados del país. De lejos Ben podía distinguir la actividad de las personas por su apariencia y vestimenta. Los médicos siempre iban de blanco, los músicos tenían las manos finas, los dedos largos y las uñas largas. Los artistas se delataban porque siempre tenían una marca de pintura o de arcilla en su ropa y los educadores siempre llevaban un libro en la mano.

Ese día había más de cincuenta aspirantes esperando un cupo. El puesto tan anhelado de estudiante de Neurocirugía Infantil. Las posibilidades eran limitadas. Era un hombre negro en medio de un Estado donde aún predominaban las preferencias raciales. Y aunque había estudiado en Yale, su opción era una entre cincuenta. Pero de nuevo sorprendió con su respuesta. Convenció de su vocación al director.

- ¿Por qué decidió convertirse en neurocirujano, señor Carson?
- Verá, Doctor Miller. El cerebro es un milagro. ¿Cree usted en los milagros? Todos hemos sido bendecidos con increíbles dones y habilidades. Por un lado está el aspecto morfológico, la máquina perfecta. La matriz que guía a cada una de las células, hasta la más minúscula. Y qué decir del lado creativo, ese que nadie ha visto. Ni siquiera los más estudiosos. Piense en Handel. ¿Cómo pudo componer el Mesías en solo tres semanas? La respuesta está ahí. El cerebro. Ese es el canal, la inspiración para conseguir logros inimaginables.

Después de nueve horas operando, el frío se apoderó del equipo médico, mientras la nieve picaba suavemente sobre la ciudad de Berlín; el color blanco del lugar parecía hacerse más notorio. El olor a alcohol e hipoclorito de sodio avivaba el cansancio y la somnolencia reprimida de los médicos.

Ben hablaba en su mente: ¡Qué locura! No puedo creer que me animara a realizar esta cirugía.

Durante cuatro meses pensó cómo podría separar a los dos niños, pero ningún camino científico podía darle una respuesta. Era creyente. Devoto cristiano. Era así como esperaba una señal celestial. En una ocasión, cuando charlaba con los padres de los gemelos acerca del riesgo de la operación, los sorprendió con una inusual interrupción.

- Tengo que retirarme. Voy a rezar. El Señor es el único que puede iluminarme.
- ¿Usted reza?, le preguntaron aterrados-.
- Todos los días. Si no es Dios no es nadie, señores.

Cierto día hablaba con su madre. Las conversaciones con ella siempre le resultaban inspiradoras. Al ver el grifo del agua gotear, se le ocurrió que la única manera de realizar la operación con éxito sería cerrando la llave. La llave que desangraría a los niños si no la paraba. Para conseguirlo tenía que detener el corazón de ambas criaturas durante la operación. Tomando en cuenta que los bebés pueden permanecer muertos sin sufrir daños cerebrales durante una hora. La única manera: un procedimiento de congelación sin necesidad de que el corazón siga en marcha. Ben pensó entonces que podía lograrlo, siempre y cuando los corazones de ambos niños quedaran sin funcionamiento por sesenta minutos.

Al pasar por la vena de Galeno del cerebro de Benjamin, Ben recordó su primera operación. Estaba nervioso, el pulso acelerado. La voz temblorosa de la madre del niño y sus ruegos fueron tal vez la única motivación. Ben no estaba autorizado para hacer esa intervención, pero el médico encargado estaba incapacitado. Era una urgencia. Sabiendo

que podía quedar dañado el lado derecho del cerebro, pero confiado en la capacidad de recuperación de los niños, siguió adelante. No lo pensó más. Lo hizo. Desde ese día Ben se convirtió en un médico arriesgado. Los resultados no eran siempre los esperados, pero al menos lo intentaba. Su conciencia estaba tranquila. La experiencia médica y su confianza lo condujeron a realizar operaciones que hasta ese instante, ningún neurocirujano había hecho.

Después de doce horas de intervención, una de las enfermeras anunció el momento tan esperado: el detenimiento de los pequeños corazones. Algunos médicos que habían dejado la sala de cirugía para descansar y se habían sustituido con otros de la misma especialidad, regresaron. Estaban listos. Veintinueve cirujanos, diez especialistas, quince enfermeras y doce paramédicos esperaban el momento de sincronizar sus destrezas y concentrarse en cada una de las diminutas partes que les correspondía.

Los corazones dejaron de bombear. Poco a poco vieron como los pequeños músculos de la vida se paralizaban. Tenían una hora. La enfermera jefe tomó el bisturí por el mango, irrigó el filo con fenol, le echó un leve vistazo y se lo pasó a Ben, quien comenzó a operar por la parte temporal del cerebro de Benjamin. Era el momento de separar sus cráneos.

La auxiliar limpiaba las gotas de sudor que caían de su frente, mientras la gruesa mano de Ben sintió una dificultad. Había algo que frenaba al bisturí. No podía intervenir la parte occipital del bebé.

- Kate, este no me sirve.



- Es el mismo que le pasé hace unos minutos, doctor.
- No puedo intervenir. La hojalata es muy gruesa. Busca otro.

La arteria femoral atravesada en el camino era muy pequeña. Necesitaba perforar en el lugar exacto y para eso necesitaba manipular el bisturí. Ben estaba incómodo con el artefacto. Pero no había tiempo, así que dio la vuelta a la hojalata de acero. Rasgó a menos de un milímetro para impedir tocar los minúsculos vasos que se vislumbraban y podrían generar el desangre.

El tiempo iba más de prisa. Las manecillas del reloj encontraron la manera para escabullirse del horario habitual y correr a toda velocidad. Faltaba media hora para revivir a los pequeños y aún no habían intervenido la parte temporal de Patrick. Ben parpadeaba más rápido. Sus ojos marrones se resecaron. Las lágrimas artificiales que la enfermera goteó entre sus ojos le salvaron la nitidez de la vista. La humedad de sus manos hacía resbalar al bisturí.

No era para menos. El panorama era macabro. La muerte, cruzada de brazos, sonreía desde la puerta con el bisturí de Ben en la mano. Esperaba ansiosa la falla humana porque esta vez se llevaría sin mayor esfuerzo a dos de un solo tajo. Los bebés empalidecían, sus labios perdían el color; solo los resucitadores artificiales devolverían de nuevo el rubor natural a sus mejillas. Cada integrante de un equipo médico enorme, que por poco no cabe completo en la sala, aguardaba su turno para intervenir. Incluso no faltó la ocasión de que algunos de sus cuerpos chocaran unos con otros mientras se concentraban en su tarea.

Los hematólogos se centraban en la coagulación, los internistas en proporcionar la anestesia adecuada cada vez que las señales cardíacas de los niños los alertaran, los neumólogos hacían lo suyo manteniendo intactas las funciones pulmonares, mediante un proceso de congelación que retornaría la respiración en el momento preciso, los cardiólogos aguardaban para devolver la vida a los niños con los revividores artificiales y los cirujanos plásticos estudiaban los efectos de la intervención, evaluando las secuelas estéticas que en unas horas tendrían que reparar.

Ben los dirigía, parecía un director de orquesta y los otros médicos, los intérpretes de una sinfonía, mientras se preguntaba para sí mismo ¿y si no despiertan? ¿Si por alguna razón dónde quiera que estén los pequeños en este momento, descubren una fascinante distracción y quieren quedarse? ¿Qué les diría a sus padres?, ¿a su madre?, ¿a los hombres de ciencia?

El mundo estaba esperando. No solo era la opción de vida de estos niños, sino la oportunidad para millones de personas que por una mala jugada de la naturaleza jamás se separan. Viven, crecen y mueren juntos.

Los médicos ya no se miraban como extraños. Muchos de ellos no se conocían entre sí. Para ese momento sus manos se sintonizaron. Sus rostros, todos eran distintos. Procedían de orígenes muy diferentes: ojos rasgados, grandes o saltones, pómulos sobresalientes, pelo amarillo, negro, lacio o rizado ocupaban aquel lugar. Noruegos, japoneses, mejicanos,

argentinos, belgas y australianos se valieron de cuanto truco, ritual, artimaña, destreza y artificio existía para cerrar con éxito la cirugía que tardó veintidós horas.

Todo estaba bajo control. La electricidad devolvió la vida a los pequeños y Ben y su bisturí que apareció tirado en el piso, debajo del marco de la puerta, les dieron la posibilidad de vivir separados. Los demás también hicieron su labor. Los cirujanos estéticos cosieron el cuero cabelludo, de tal forma que en un par de meses el pelo de cada niño escondiera entre sus raíces la marca que les dejó un cirujano cuando les dio la libertad.

Y pensar que alguna vez muchas personas creyeron que Ben era tonto. Cuando cursaba la preparatoria era uno de los peores estudiantes. Fue objeto de burlas y malas calificaciones hasta que su madre le hizo caer en cuenta de su talento. Esa mujer, una señora de cincuenta y cuatro años, quijada cuadrada y labios prominentes siempre tenía las palabras precisas para su hijo. Su aliento en cada paso lo empujó y lo llevó hasta allí.

- Has mejorado Ben, pero puedes hacerlo mucho mejor.

-No sé cómo, mamá.

-Yo tampoco, pero vamos a tener que usar la imaginación.

-Yo no tengo.

- Claro que sí, todo el mundo tiene imaginación.

- Ah... yo no.

-Si te digo: Erase una vez un ratoncito azul, comilla ¿no ves el ratoncito azul?

- No. Mamá, mi cerebro es tonto.

- Tu cerebro no es tonto. Eres un niño listo: no estás usando tu inteligencia. Eso es todo. Esta no es la vida que Dios quiere para ti. Tienes el mundo entero aquí dentro, pero tienes que ver más allá de lo que ves. Puedes hacer lo mismo que cualquier otra persona hace, solo que mucho mejor.

Después de la separación de los hermanos Brinder, Ben siguió con sus cirugías. En Sudáfrica separó a dos bebés zambios: Luka y José Banda. Ninguno sufrió daño cerebral. Fueron los primeros que unidos por la parte superior de la cabeza, sobrevivieron a una cirugía similar. No solo fueron largas horas de vuelo. Esta operación tardó más. Veintiocho horas en total.

Antes de la operación de los gemelos Brinder, pocas personas se habían interesado en el tema de la neurocirugía. De un día para otro el tema se convirtió en la sobremesa de muchas familias. Los ancianos que visitaban los parques a media tarde para dar de comer a las aves ya no comentaban acerca del nuevo audífono para aumentar la capacidad auditiva cien veces. Sus temas de conversación se centraban en los avances de la neurocirugía y la esperanza de vida que aumentaba con los años. Los niños por primera vez se sentaban a mirar una noticia en la televisión y las amas de casa esperaban ansiosas a sus maridos para hablar del tema del día, mientras les servían la cena.

Cuando a Ben lo nombraron jefe de la Sociedad Médica Honorífica Alpha Omega había cumplido treinta y nueve años. Sus manos y su cerebro seguían intactos. Todavía es joven. Su servicio sigue siendo útil. Su confianza está más allá de sus logros humanos, y su éxito

todavía trasciende. Es un hombre que exprime todo su talento. Sabe que muchas vidas dependen de él, pero en el fondo sabe también que nada depende de él, porque como decía su madre, Ben al igual que su bisturí es solo un instrumento.

## **ENTRE TELAS, PINCELES Y PALETAS DE COLOR**

Fue una mañana de diciembre. Fernando llegó a casa de prisa. Abrió el cajón donde guardaba sus elementos de arte. Sacó el pincel. Parecía nervioso. Era extraño. Él nunca reaccionaba así; es más, si algo lo destacaba era su inalterable tranquilidad. Reclinó la cabeza sobre la silla, alzó la cabeza, sus ojos miraron hacia el techo y su nariz se saturó de olor a trementina. No tenía mucho tiempo. Si quería concursar por la beca debía encontrar una paleta de color similar a la que hacía un mes había tirado a la basura.

Fernando tenía un gran reto. El concurso de pintura más importante de la ciudad de Medellín. Si ganaba podría viajar a Europa y realizar su más anhelado sueño, estudiar en la academia de San Fernando en la capital de España.

Tenía afán, pero debía pensar con cabeza fría. ¿Dónde encontraría una paleta que se acomodara a su necesidad creativa? Hacía más de un mes que se había deshecho de la última porque la echó a perder. Dejó restos de pintura sobre ella y los pegotes se fueron secando. Trató de disolver los residuos semisecos para volverla a utilizar pero por mucho que lo intentó, no lo logró; estaba tiesa. Fue inútil. Al principio pensó que estaba pintando, pero lo que hacía era trabajar con un desecho.

Las proporciones de la paleta eran ideales para minimizar el cansancio de la mano izquierda del artista. El agujero ovalado en el borde de su figura parecida a la de un riñón le daba

mayor resistencia. Siempre ubicaba en el lado derecho los colores primarios. Lograba la fusión de los tonos. Un reflejo de luz más notoria en los cuerpos.

Aplicaba el conocimiento que tenía acerca de la teoría del color para mezclar los óleos sobre la paleta y empezar el trabajo. Deslizaba ligeramente el pincel por el lienzo para crear formas redondas. Objetos y seres humanos pintados con trazos suaves. Una aplicación cuidadosa y delicada de los pigmentos.

Podía pasar horas haciendo lo mismo. Cuando se concentraba en sacar una obra adelante perdía la noción del tiempo. A veces se olvidaba de comer. Solo dormía algunas horas. En semanas así era común que bajara de peso. Las mejillas abultadas empezaban a enterrarse dentro de sus huesos. Al sonreír se le marcaban las líneas de expresión alrededor de los ojos.

Pero sí que lo disfrutaba. Cuando su idea cobraba vida poco a poco en telas de diferentes tamaños parecía que los elementos de arte se transportaban con él. No era necesario entender de pintura porque ya eran parte de ello. El único sonido que lo interrumpía era el teléfono. De vez en cuando lo devolvía al mundo real.

-¿Cómo vas? Recuerda que tenés poco tiempo- le dijo Juanita Mejía, la muchacha de la academia que lo inscribió. Confiaba plenamente en su trabajo.

-Lo sé. Estoy en eso. Falta poco mujer. Paciencia.

Tenía dos semanas para terminar. A pesar de la premura del tiempo no podía precipitarse porque la obra necesitaba equilibrio. Y para lograrlo, necesitaba la paleta ideal para desarrollar sus creaciones. Si bien podría comprar una nueva en cualquier almacén de arte, tardaría varios días en adaptarse a ella. A un artista le lleva tiempo amoldarse a una paleta nueva. Necesitaba una donde los colores permanecieran vivos durante más tiempo y los óleos no se secaran fácilmente y conservaran el color.

La búsqueda de las tonalidades no era sencilla. Fernando pasaba horas en esa tarea. Y ese día necesitaba una gama con el toque infantil para los labios de la mujer robusta que se encontraría en el medio de la pintura. Quizás pasaría por quince tonos antes de encontrarlo.

Hacia el medio día, el pintor seguía divagando. Necesitaba salir. El paseo obligado para conseguir su paleta de color. En la calle transitaban pocas personas. La mujer de una tienda de arte que vivía al final de la cuadra regresaba a su casa después de sellar el almacén con la reja. Fernando olvidó que a esa hora el comercio cerraba. Era el horario del almuerzo. Tendría que esperar una o dos horas, por mucho. Así, emprendió camino hacia el parque mientras la ciudad volvía a la normalidad.

Se sentó en el único banco desocupado. A esa hora era común ver a los ancianos matando el tiempo bajo el rayo del sol. Casi todos se apoderaban de las bancas. De pronto recordó con cariño las fotos de sus primeros cuadros tomadas por el galerista y fotógrafo Leo Matiz. Las conservaba desde hacía mucho tiempo. En ellas se revelaba un espíritu dramático. Las tonalidades rojas se adueñaban de los lienzos y la temática principal era la



tauromaquia. Ese tema le causó curiosidad cuando era niño. Tal vez era porque su tío lo llevaba a las corridas dominicales y él se divertía de lo lindo.

Esos dibujos de toros y toreros los llevó al almacén de don Rafael Pérez, donde se vendían las entradas para la plaza de toros. Jamás olvidaría la felicidad que le produjo vender su primera obra por dos pesos.

“Qué casualidad, pensó. No hay mucha diferencia con lo que hago ahora”.

En esas pinturas ya se vislumbraba su interés por el trabajo estético del volumen. La escala de las figuras iba aumentando porque, según él, le daba mayor sensualidad a la obra. Una especie de ironía. El sarcasmo frente a los hechos que algunas veces le calaban en lo más profundo de su ser.

Mientras sentía la brisa que producían las copas de los árboles al mecerse, Fernando se deleitaba mirando el camino de piedras que se encontraba en medio del parque. En otro tiempo allí hubo una cancha de baloncesto donde el pintor jugaba todas las tardes con sus amigos. Más tarde, la Alcaldía Mayor compró el terreno y sembró árboles, fabricó casas de muñecas para las niñas y acomodó bancos y juegos infantiles. Para él resultaba un placer estar ahí después de tanto tiempo.

Quería asomarse en la esquina para ver si los almacenes de arte ya estaban abiertos pero no quería perder la banca, así que aguardó un poco más. Eran las dos y media de la tarde y aún no comenzaba a pintar. Necesitaba con urgencia su paleta de color.

Su mente se fue con las escenas que miraba. Las familias típicas colombianas que tanto le gustaban y plasmaba en sus cuadros. Los guiños de su pueblo, la gente, las vestimentas y las costumbres regionalistas de su infancia.

No era de extrañar entonces su forma particular de hacer arte, el trabajo estaba creado a partir de inclinaciones opuestas a lo que el mundo de la pintura estaba acostumbrado. Pero ¿por qué tanta rebeldía? ¿Era intencional? Claro, él nació distinto. Es de una ciudad colombiana y para cualquier oriundo de Medellín la región es la influencia más fuerte. El maestro es producto de una región escondida en las faldas de las montañas antioqueñas. Una naturaleza abrupta de valles donde la fertilidad de la tierra se mezcla con la gracia de las mujeres y los personajes de provincia.

No salió de Nueva York, Italia, Londres o París ni le gustaba el colonialismo cultural que veía en las obras de otros artistas americanos. Fernando era fiel a su pensamiento. A primera vista era simple. Dibujaba figuras sobredimensionadas con una apreciación distinta de la realidad.

Este estilo artístico tan particular poco a poco empezó a expandirse en boca de los pintores y críticos de todas partes del país. Escuchaba toda clase de comentarios: palabras emotivas

y alentadoras, críticas odiosas y un sinfín de disparates acerca de sus obras. Sonreía cuando oía decir que pintaba gorditos. Había otros que iban más allá. Lo comparaban con otros genios. Preguntaban la relación que tenía su obra con la de otro artista famoso: Gabo, el célebre escritor colombiano. Su respuesta siempre era la misma.

“Los dos nacimos del mismo caldo, de la misma realidad colombiana. Pero las esencias son distintas. Él hace un mundo surrealista, donde la gente vuela. Yo no hago realismo mágico. Lo mío es improbable pero no imposible. Cuando pinto obispos vestidos bañándose en el mar es improbable pero no imposible porque aquí, en mi cuadro nadie vuela”.

A las tres de la tarde Fernando había recorrido casi toda la cuadra. En ningún almacén de arte había encontrado la paleta de color precisa. Le urgía una donde lograra obtener las tonalidades para transmitir la emoción, la psicología y la significación que tenía en mente. Sabía que si el color estaba mal, todo estaría mal. Las posibilidades se agotaban. Solo quedaban dos tiendas por visitar.

Sin embargo, recordó que en la esquina de la calle se encontraba un pequeño quiosco, uno de los más famosos del barrio. Don Ismael, el dueño era un amante de la pintura y se dedicaba a traer piezas e instrumentos de arte desde la capital y del extranjero. Probablemente allí encontraría su objeto para comenzar el trabajo. Así fue. El maestro halló la paleta que estaría llena de colores primarios durante un buen tiempo.

Hacia las cinco de la tarde con la paleta en la mano, Fernando regresó al estudio. Le esperaban largas horas de trabajo y ya había perdido toda la mañana y casi toda la tarde.

Echó una mirada en el cajón, revisando todos los objetos de arte que había limpiado una semana antes, preguntándose por qué estaban sucios otra vez.

Con la beca tendría que irse un tiempo. Así lo había decidido. La oportunidad como artista ¿pero la más inteligente? Trató de buscar razones para quedarse. En su país al menos tenía un nombre, trabajo y el destino asegurado como pintor. Tenía amigos, familia y conocidos de toda la vida. Claro que se podría limitar a ser uno más, otro del montón que no sale su tierra. De pronto apartó su mente de esas ideas, acomodó la paleta en la mano izquierda y comenzó el trabajo. Su criterio artístico era tan definido como sus pensamientos y sus palabras. Utilizaba estrictamente los necesarios.

Al caer la noche, Fernando ya había dibujado la cabeza de la mujer. Después de varias horas, lavando los pinceles y presionándolos sobre la paleta, el maestro empezó a sentir esa paz interior que le producía cuando remarcaba los colores sobre el lienzo. Al deslizar el pincel más delgado por el arete plateado incrustado en la oreja derecha de la mujer dibujada supo de inmediato que el desafío estaba superado. Sacó adelante la intención artística que tenía en mente.

Participó con cinco cuadros que se robaron la atención de los críticos de arte del país. Demoró más tiempo en dar los toques finales a una de las pinturas. Eso dijo cuando le preguntaron acerca de la temática del cuadro.

“Una mujer de cabello negro y lacio se encuentra bailando en el centro del cuadro. Ella parece cómoda. La proporción de su cuerpo es irregular. Tiene la cabeza grande, torso corpulento, los muslos fornidos, y los pies muy pequeños. Es difícil percibirlo, pero esa es la balanza. A pesar del sobrepeso, la pintura se mantiene en equilibrio”.

Con esta exposición no solo llegó la beca. Fernando poco a poco comenzó a destacarse como uno de los artistas vanguardistas latinoamericanos. Su estilo volumétrico lo cimentó en Europa. Desde el día en que viajó a Madrid no paró. Recorrió varios lugares del mundo. Francia, Alemania, México, Egipto y Nueva York. Estudió sus bocetos y los comparó con los trazos de los clásicos. Visitó varios museos. El Prado, el Louvre y otros cuantos. Pero fue en Italia donde reafirmó el estilo que venía trabajando en Colombia. Cuando vio por primera vez la pintura florentina, el maestro acentuó su tendencia. Esa pintura de figuras volumétricas hizo más grande el deseo de pintar de ese modo.

Hoy, a los ochenta años, con las manos gastadas por las secuelas de los óleos, Fernando sigue pintando. Ahora un cuadro suyo trae un sello. Inmediatamente el mundo lo identifica. Es un Botero. Sabe que sus obras no pueden mover nada ni a nadie, pero con ellas tiene el poder de trascender en el tiempo. Tener un recuerdo. Dejar un testimonio. Primero debe sorprenderse. En las mañanas cuando llega al estudio solo saca su paleta y el pincel. No tiene idea de lo que sucederá. Esa es la maravilla del arte. No saber que vendrá después.

## **¿DÓNDE ESTÁ LA PELUCA DE AZÚCAR?**

Celia llevaba diez minutos parada frente el espejo. Esa mañana soleada se medía el atuendo con el cual recibiría el homenaje en Venezuela por sus cincuenta y cinco años de vida artística. Pero le faltaba el último accesorio. El toque final: la peluca de azúcar. Así la llamaba porque venía con ella desde Cuba.

“¿Donde está la peluca?”

Pronto llamó a Martha, la niña del aseo que venía a ayudarla los fines de semana con la limpieza, pero tampoco halló una respuesta satisfactoria.

“Señora Celia, la última vez que la vi estaba en el maniquí, donde siempre la deja”.

La incertidumbre, la tristeza y la ansiedad se apoderaron de su mente. ¿Cómo era posible que la peluca no estuviera en su lugar si ningún extraño entraba a su casa? Con ella luciría hermosa. Bueno, hermosa, lo que se dice hermosa, no. Pero le daría un estilo especial.

La forma y el color de su accesorio favorito eran tan llamativos que a pesar de los años seguía dando de qué hablar en todos los lugares a los que Celia iba con ella. Más de una persona había pensado que era estafalaria, pero eso no le importaba. Incluso, en alguna oportunidad un diseñador de modas le dijo:

“¡Qué horror! No parece una peluca sino un papagayo disecado”.

Aquel día, Celia puso en su lugar a aquel hombre impertinente que se atrevió a atacarla.

“George, creo que no has entendido. Es obvio que no uso pelucas para ser glamurosa, lo hago porque me dan seguridad y tengo poco pelo. Las necesito conmigo. Son parte de mí. Además, esta es especial. La tengo hace mucho. Me gustan los bucles y su mezcla de tonalidades rojizas con verde. Con ella lucí sensacional en la entrega de los *Latin Billboard* del año pasado, o si no mira en los periódicos”.

Era la peluca más antigua de la leyenda musical. Con ella Celia Cruz tumbó cualquier ingenua creencia acerca de que la apariencia lo es todo. Era la peluca más afortunada. La inspiración para que las usara como parte de su identidad histriónica. Ya con el tiempo visitaba almacenes famosos en Nueva York para comprar otras cuantas que hicieron parte de su habitual vestuario.

Habían pasado dos horas de revuelo en la casa de Celia. Todos los armarios, cajas y cajones estaban vacíos. La peluca de azúcar no aparecía. Para ella resultó ser un día sin igual. Ni se enteró de la hora, olvidó sus compromisos y no había probado bocado. La confusión se apropiaba su mente ¿qué haría si su peluca no aparecía antes del homenaje? ¿Se vería desaliñada?

Celia nunca se preocupó por su lucir como las demás artistas. Al contrario. Mientras otras cantantes buscaban cuanto tratamiento había para ser como muñecas de porcelana toda la

vida, ella se interesaba por crear un estilo propio que fuera acorde con el ritmo de su folclore.

Su vestimenta era inusual. Hasta ella misma se asombraba de vez en cuando por el gusto que tenía. Su asesor de imagen se impresionaba cuando llevaba una nueva peluca a la casa. Porque si la de azúcar era llamativa, había otras más extravagantes. Sin embargo, en el fondo eso era lo que Celia buscaba. No hay duda de que con ellas turnándose para decorar su cabeza según la ocasión, lograba ser original.

Ella misma elaboró su peluca extraviada cuando aún vivía en Cuba. Le recordaba aquellas épocas cuando su canto apenas comenzaba a relumbrar en la isla. Días antes de una presentación acordada por el mánager en el Cabaret Tropicana, Celia quería romper con su estereotipo de la mujer estrella, la voz prodigiosa de la Sonora Matancera. Deseaba relucir por sí misma y ser diferente. Por eso encontró con ella en su cabeza tener un nuevo estilo.

Años más tarde llegó a Estados Unidos a recibir su primer Disco de Oro con la peluca puesta. Nueva York. En el Madison Square Garden, una arena deportiva donde tocaban unos cantantes famosos. Tito Puente y Vicentico Valdés. Ese día, en medio del recibimiento hubo desórdenes; hasta salieron en la prensa norteamericana. 'Trifulca por cantante cubana', decían los titulares. A Celia todo esto le favoreció para quedarse definitivamente en Norteamérica.



El delirio de los admiradores era impresionante. Celia causaba un impacto nunca antes visto entre los asilados cubanos. Las notas musicales retumbaban en su cuerpo. En cada una de sus apariciones, sin excepción, la gente extasiada se entregaba con vigor al espectáculo.

Al medio día Celia seguía preocupada por la pérdida de su vieja peluca. Su vestimenta era su sello. Contrario a la música que interpretaba, sus atuendos nunca combinaban, usaba tacones de plataformas amarillos y eso que ya iba por los sesenta y tantos. Esa era la única explicación para que una mujer cantara con tanta pasión:

*Songo le dio a Borondongo, Borondongo le dio a Bernabé, Bernabé le pegó a Mochilanga, le echó burundanga y le hincha los pies...*

Pero ¿qué había detrás de todas las sensaciones que Celia causaba en la gente? ¿Acaso era normal que una mujer, negra, procedente de una tierra pobre del Caribe produjera tal efecto en el público? Un público acostumbrado a escuchar ritmos de todo tipo, incluso los anglosajones recreados con guitarras eléctricas y sonidos estridentes de las baterías que salían de los grupos modernos.

Celia traía con ella la luz, el color, el sabor, la alegría y la naturaleza de su tierra. Cuba es abanico de sonidos; susurro de violines y silbidos de tocororos que han inspirado a poetas, pintores y otros artistas. Siempre simulaba haber olvidado su tierra, pero la extrañaba. No le fue fácil olvidarse de aquel territorio perdido en el Caribe.

Una noche, cuando entró por primera vez con su peluca a un bar en Nueva York donde la esperaba un show privado, el olor a azúcar se mezcló con sus recuerdos. De pronto su mente regresó a ese sitio que no se apaga jamás. Una isla donde las noches calurosas sosegadas por la brisa bailan al son de bongós y tambores.

Cuba fue el inicio de su historia. Una historia endulzada por una voz prodigiosa y el almíbar pegajoso del azúcar que Celia traía en su sangre. Los años que vivió allí fueron imborrables. La vida nocturna en los cabarets de la Habana aumentaba las ilusiones de la cantante en aquellos años y ponían de manifiesto el brillo artístico de 'La Guarachera Cubana'.

Era excitante. Antes de cantar con la orquesta Celia caminaba por el litoral habanero calentando la garganta y escuchando a los lejos el tradicional cañonazo que se realiza en la ciudad a las ocho de la noche. Nunca olvidó el aire propagado en ese ambiente noctámbulo avivado por danzones, mambo y cha cha cha.

Cuando los tiempos cambiaron, las cosas según ella se pusieron difíciles. Pasaba horas hablando con sus amigos de la orquesta y se lamentaba de la situación para los artistas en la isla. Su mirada no era alentadora. Venía lo esperado. La fuga.

Hacia las dos de la tarde había entrado gente de todo tipo a la casa de Celia en busca de la peluca de azúcar. No faltó el periodista camuflado que quería robarse la exclusiva para el periódico donde trabajaba. El personaje se hizo pasar por uno de los hombres de seguridad

de la mansión, pero por un leve descuido se le cayó la grabadora y el carné de reportero del *Miami Herald*. En ese mismo momento fue sacado a empellones de la mansión. Todos los rincones de la casa estaban esculcados pero la peluca seguía desaparecida. Esta situación avivaba los recuerdos de Celia.

Vino a su memoria la última velada en Cuba. Fue una noche sin estrellas cuando inspiró la fragancia de su patria. Ese singular aroma dulce mezclado con el de las hojas de tabaco se quedó para siempre con ella. Se fue al exilio con Cuba en sus recuerdos.

No tuvo que emprender un viaje clandestino con máscaras y trajes oscuros para pasar desapercibida ni navegar en balsas improvisadas donde mueren cientos de personas al año en el Mar Caribe. Celia era cantante y tenía permiso para salir. Solo tomó el avión para realizar una gira de conciertos por México y después a Estados Unidos.

Cuando llegó a ese país el mundo artístico le dio la bienvenida. Celia ya era parte del gusto musical popular de los asilados cubanos y otras comunidades latinas. Si bien no dejaba de afligirse de vez en cuando por la nostalgia de su tierra, este lugar la trató bien. Allí, Celia recibió cientos de reconocimientos y la gente la acogió con generosidad. Además, tuvo tantas experiencias que la apegaban diariamente a este lugar. Por ejemplo, el día en que Tito Puente, el gran maestro, su amigo del alma dio su último respiro.

Este hecho era un fantasma que de vez en cuando aparecía en su memoria para revivirle la tristeza. Estaba en Argentina cuando él se despidió del mundo. Ese día, en medio del show,

se supo lo de su muerte. El público comprendió la suspensión del concierto. Ni siquiera solicitó la devolución del dinero. En medio del escenario Celia pidió un aplauso y un toque de timbales en honor a Tito.

La noche anterior, en el hotel sonó el teléfono. Eran las 11:20 de la noche cuando ella descolgó la bocina. No le habló nadie. Era él. Cuando regresó a casa, escuchó los mensajes en la máquina y había uno de Tito. Era extraño. Él casi nunca llamaba. “Celia, es Tito. Sé que me llamaste y te lo agradezco. Adiós”. Ella cerró los ojos y los apretó con fuerza. Cuando reaccionó, unas leves lágrimas escaparon de su mirada. Porque para casi todos los cubanos, cuando alguien dice `adiós` significa que se va...

La primera historia en Miami con su amada peluca tuvo origen en el mejor restaurante de la ciudad. Cuando el camarero le ofreció café, le preguntó si lo tomaba con o sin azúcar y ella sin titubear respondió

“Chico, eres cubano. ¿Cómo tú vas a preguntarme eso? ¡Con azúcar!”.

Esa noche, durante el concierto que ofreció, Celia habló durante el show. Siempre decía algo durante las funciones para que los trompetistas descansaran los labios. Contó el suceso del restaurante al público, y este se alborotó más que de costumbre.

Así, un día, en vez de contar la anécdota, simplemente bajó los escalones del escenario y gritó ¡Azúcar!

A las cuatro de la tarde, la casa de Celia estaba desolada. La esperanza de recuperar su peluca de azúcar estaba a punto de desaparecer. No dejaba de preguntarse una y otra vez qué pudo pasar con ella. Cuando la puerta principal se abrió, el nuevo asesor de imagen se asomó. Traía con él la peluca.

“Martha me llamó. Dijo que la estabas buscando. No habrás pensado ir a un espectáculo de semejante dimensión con esta cosa en la cabeza. Podríamos sacarle provecho. Venderla, donar el dinero y hacerlo público. Sería bueno para tu imagen ¿Qué te parece?”

Esa tarde, aquel asesor de imagen estaba en aprietos. A Celia le provocaba ahorcarlo. Cobrarle su insolencia con un fuerte apretón en la garganta. Si pudiera lo hubiese ahogado hasta que se tragara sus palabras. Lo habría hecho retractarse de su atrevimiento.

A ese hombre la peluca le resultaba espantosa. Pero a Celia no le pareció suficiente motivo para que llegara a su casa a sacarla de allí y decidir sobre su apariencia sin siquiera consultarle.

“Alex, no me peleo con nadie y menos contigo. Imagínate que me encanta la aritmética y menos que restar: sumo. No contesto al que diga algo sobre mi apariencia. No soy pendenciera, tampoco chanchullera, así que no estoy enojada contigo, pero debes irte”.

Antes de salir, Celia quiso explicarle lo que para ella significaba la belleza, algo tan subjetivo como el placer. Porque en su historia la apariencia era lo de menos. Pero no fue necesario. Alex fue a parar a la fila de los desempleados esa misma tarde.

Dos años después, la voz de Celia se silenció, pero su canto aún continúa en la memoria de sus seguidores. A sus amigos les resultó difícil pensar en el hecho de que ya no estaría allí alegrándoles la vida de vez en cuando con su enérgica personalidad. Desde que se levantaba sonreía y cantaba. Pero se quedaron con las letras de sus canciones. Pareciera que con ellas les enviara mensajes desde el más allá. De ese modo, podrían comprender mejor el pasar de los años y la vida en sí misma.

*Lo que es bueno hoy, quizás no lo sea mañana, he ahí el valor del momento, he ahí el presente perfecto... Ríe, llora, que a cada cual le llega su hora, ríe, llora, vive tu vida y gózala toda...*

Con el pasar del tiempo, Celia siempre tenía sorpresas para sus fans; seguía mostrando nuevas facetas y vestimentas inusuales en el mundo de la moda. Y a pesar de su edad, jamás pensó en retirarse. Incluso, cuando alguien se lo preguntó, su respuesta fue firme.

“Quiero morir en un escenario, delante de ustedes, como Miguelito Valdés o Víctor Piñero. Que sufran y lloren otros pero ¿yo? Yo jamás renuncio”.

Pero como a todo ser humano, un día, la vida le pidió la renuncia irrevocable. No murió en un escenario, pero si entonando sus canciones. Cuando el mundo escuchó su última tonada, supuestamente tenía setenta y ocho años. Su edad siempre fue un misterio.

Dos caballos blancos inmortalizaron la despedida. Tiraron de la carroza que llevaba su féretro por treinta calles de la Quinta Avenida en Nueva York. Fue tal la cantidad de personas que el número de asistentes superó el de sepelios históricos en América. A Celia no la querían, la adoraban.

Lució igual que en los escenarios. Uñas postizas, pestañas sobrepuestas y un vestido de seda color marfil. La peluca de azúcar la acompañó y se fue con ella a la tumba, así como la bolsa con unos cuantos gramos de su tierra cubana.

## **HASTA QUE LA MUERTE LOS SEPARE**

La mayoría de los perros callejeros se pasan la vida tratando de encontrar un amo que los proteja. Deambulan de un lado para otro, deleitándose con el aroma de las frutas de la plaza, los olores a carne asada de los restaurantes y esperando las sobras o uno que otro trozo de comida que las personas tiran sin querer al piso para lanzarse sobre él y darse la merienda del día. Pero detrás de todo eso, sueñan con el día en que perciban una fragancia especial, el humor innato de un humano que lo identifican a kilómetros y por instinto lo siguen durante toda su vida.

Lo curioso es cuando un perro protegido renuncia a todos los lujos de una vida cómoda para experimentar la vida de la calle. Hachiko fue uno de ellos. El 21 de febrero del año 1934 el Akita llevaba nueve años visitando la estación de Shibuya. Para ese momento había desarrollado todas las habilidades de un perro que vive en la calle y lucha por sobrevivir día tras día.

Ese día Hachiko tenía prisa. Su cita habitual era a las cinco de la tarde y ya le costaba llegar puntual. Estaba viejo. Le dolía caminar. Las patas delanteras eran frágiles y recién había sufrido una lesión irreversible en la columna. Su andar era lento y doloroso pero con la esperanza de ver una vez más a su amo en la estación del tren sacaba fuerzas desde su interior y seguía su curso. Hachiko vivía a unas cuantas cuadras de allí, pero ahora demoraba más de seis horas en llegar.



Mientras tanto, los habitantes de la ciudad, conmovidos con su historia, se reunían en la plaza de Shibuya para presenciar la inauguración de la estatua de bronce que representaría al perro. Meses atrás se había hecho una colecta regional para enaltecer su presencia. El símbolo de la espera interminable. Una figura de bronce de más de siete metros de altura inmortalizaría la presencia del perro que esperaba todos los días a la misma hora a su amo, quien no volvería a la concurrida estación del tren.

Seis meses atrás, Teru Ando, un artista muy nombrado por el lugar fue elegido para crear una copia idéntica de Hachiko. Durante varias noches la figura fue un híbrido debilucho sin estilo. Ningún gesto se asomaba en su cara para darle alguna sensación y su cuerpo era un pedazo de material sin gracia. Tan solo hacía parte de la imaginación de su creador. Tardó varias semanas en darle forma. Sus manos ingeniosas se concentraron en el molde, esculpieron lo que sería la piel y el volumen del animal.

En un día de inspiración y afán por verla terminada, el maestro trabajó largas horas y remató su obra marcando una pequeña arruga sobre sus ojos. Con ella le dio la expresión noble que tanto llama la atención de niños y jóvenes, quienes en la actualidad dicen que es idéntica al perro de verdad. De carne, pelos y huesos.

Cuando Hachiko tenía tres meses de edad se encontró con ese hombre del que no se separaría jamás. Ueno Isaburo, un profesor de agricultura de la Universidad de Tokio lo adoptó como su mascota. Desde ese día el hombre y el perro fueron inseparables.

Al interior de un diminuto guacal Hachiko había viajado dos días en tren. Desde la provincia de Akita en el norte de Japón hasta Shibuya. Por accidente el guacal donde iba el perro perdió el rumbo y terminó tirado en la estación del ferrocarril. El profesor Ueno que arribaba allí todos los días a las cinco de la tarde, después de terminar su trabajo, lo vio y de inmediato se apiadó del pequeño. Lo llevó a su casa. Cuando los sirvientes lo sacaron de la caja donde aguardaba se llevaron una sorpresa. Parecía muerto. Sin embargo, el profesor reaccionó y le dio de beber algunas gotas de leche con una jeringa. No fue el sabor similar al alimento que le proporcionaba su madre, fue el olor inconfundible del profesor lo que reanimó al cachorro.

En la noche, el profesor notó que las piernas delanteras del perro estaban levemente desviadas. Por eso decidió llamarlo Hachiko, pues la figura que representa al número ocho en japonés y se pronuncia 'Hachi' era similar a las patas de su nuevo amigo (八).

Desde su nacimiento Hachiko fue un perro especial. Tuvo la fortuna de contar con el adiestramiento inicial de su madre para hallar a su mejor amigo. Cuando el mundo le dio la bienvenida, su mamá perruna lo recibió con un lengüetazo particular. En vez de pasar la lengua por su cabeza como lo haría cualquier madre, le besó la frente. Esta Akita juguetona, peluda, con una mancha negra en el hocico, por alguna extraña intuición materna conocía el destino del tercero de su camada. Fue así como le enseñó al cachorro a desarrollar todas sus destrezas para elevar su capacidad de percepción. La idea era que su pequeño aprendiera a reconocer por primera vez a su amo y se uniera con él para siempre.

Todas las mañanas Maya llevaba a su hijo a recorrer las montañas de la vereda donde vivían. Juntos caminaban largos trechos empinados que a 'Hachi' le encantaba trepar. En los días cálidos evadían el rayo del sol en la sombra de los árboles y no desaprovechaban ni un minuto para despertar sus capacidades caninas; daban vueltas, enterraban sus juguetes bajo la tierra, frotaban su lomo sobre los pastizales quedando panza arriba, se regocijaban con el roce del aire fresco sobre su cara y se perseguían la cola durante horas.

Al terminar el entrenamiento básico que un perro como Hachiko debía recibir, su madre agarró con el hocico la pañoleta azul que adornaba su cuello y le tapó los ojos. Era la prueba final. Sin ningún otro sentido ayudando, el pequeño Akita debía percibir las sensaciones ocultas que había en ese lugar, por medio de las pistas que le dictaba su oído y su olfato prodigioso.

Hachiko jamás olvidó ese día. A pesar del miedo que sintió por los ojos vendados, se dejó llevar por su sagacidad animal. Así pudo predecir con certeza las ventiscas que se producirían en tres días, además de descubrir una caja de metal enterrada, al parecer muy importante para el dueño del criadero, quien la buscaba desde hacía un par de años.

'Hachi' fue el primero de la camada que el maestro tibetano recogió para llevarlo con su amo. La despedida no fue triste. Aunque al pequeño le daba nostalgia dejar a su madre y al resto de la familia, desde su nacimiento ella le enseñó que ese día llegaría.

Por eso cuando se encontró con Ueno solo le bastó una olfateada para entender que era el elegido. Su nuevo amigo le recordaba a mamá. Tenía un don para adivinar las necesidades caninas. Sabía que su presencia y compañía eran suficientes para hacerlo feliz. Por eso le batía la cola a toda velocidad al verlo llegar. Parecía que el profesor sentía esa emoción, percibía el hormigueo de su panza cuando se acercaba.

Cuando 'Hachi' tenía un año ya era un ejemplar Akita de cincuenta y cinco kilos de peso debidamente adiestrado. Todos los días acompañaba a su amo hasta la misma estación. Cuando su cabeza se perdía entre la multitud regresaba a la casa y esperaba con paciencia a que el reloj marcara las cinco para volver y recoger a su amigo.

Para Hachiko acostumbrarse a la vida citadina no fue fácil. El ruido, los carros y los edificios impresionaban a un perro de granja como él. Estaba familiarizado con largas praderas verdes y empinadas colinas donde no se percibía ni un silbido diferente al de los pájaros. Pero, con la ayuda de Ueno, este Akita café con leche se fue habituando al lugar e incluso aprendió rápidamente a cruzar las calles y a caminar al lado izquierdo de su amo sin jalar la correa.

Juntos se devolvían por la carrilera y Ueno le contaba a 'Hachi' los pormenores matutinos del trabajo. Para ese entonces el perro ya conocía quiénes eran los alumnos distraídos, problemáticos y los más sobresalientes de la clase y todos los dolores de cabeza y satisfacciones que debía afrontar su dueño a diario.

Después de dos años, la imagen de 'Hachi' y Ueno en la estación de Shibuya era familiar. Todos los vendedores y algunos transeúntes conocían bien la relación amistosa entre estos dos e incluso comentaban y cuchicheaban lo raro que se veía un hombre tan maduro y serio hablándole a un perro. Lo mejor era que este lo entendía, lo escuchaba y le respondía con tres ladridos y un aullido agudo. Cuando los perros reconocen a su amo se comunican con ellos de manera asertiva. Cada uno conoce las necesidades del otro.

Lastimosamente para el perro la rutina no duraría mucho. Un día, cuando el sol apenas se asomaba el Akita despertó con un fuerte latido en el corazón. El olfato no le fallaba. Corrió pronto a la habitación de su amo y puso la cabeza sobre su rodilla para que lo acariciara.

Ueno salió como todos los días, a las ocho de la mañana al lado de su compañía canina a comprar el boleto del tren para ir a su trabajo. Hachiko jalaba la correa en dirección opuesta y ladraba agitado. Pese a esto, el profesor pudo controlar a su mejor amigo y llegó puntual a sus actividades. Esta vez no regresó. En la universidad sufrió un derrame cerebral que le provocó la muerte instantánea y le impidió volver a la estación. 'Hachi' lo esperó toda la tarde y cuando se dio cuenta que entre la muchedumbre y los rostros no se vislumbraba la cara de su amo se devolvió a casa y regresó al otro día. Pero Ueno tampoco llegó. El perro no se rindió, siguió esperando allí, percibía que sus ojos lo volverían a ver aunque no sabía cuándo. Así pasaron varios días que en menos de nada se convirtieron en años. La lealtad ante su mejor amigo nunca pereció. Sin darse cuenta se convirtió en un perro callejero.

Aunque de vez en cuando le hacía falta el abrigo de su antigua cama, lo reconciliaba pensar que jamás volvería a pasar por el baño de cada mes. Era lo único que no extrañaba de su vieja familia. De un momento a otro pasó de ser un Akita puro a un perro sucio de la calle. Las manchas de tierra tapaban su color natural. Pero eso le agradaba. La limpieza era una tortura. Hikari, la vieja sirvienta que lo bañaba, era la mujer más falsa que 'Hachi' había conocido. Por eso, cada vez que sabía que lo iban a bañar el perro empezaba aullar como si estuviera ladrando de inconformidad. Tenía pánico. La mujer era atenta y cordial con el profesor y su esposa, pero cuando estos daban la vuelta y no estaban, empujaba al perro con una patada y lo ponía sobre el lavadero. El baño era con agua helada y lo quemaba sin querer con la secadora de pelo. Lo peor era escuchar el tono de satisfacción en la voz de Ueno cuando lo veía.

“¡Oh muchacho, quedaste como nuevo!”

A veces tenía hambre. El vacío en su panza lo atacaba de vez en cuando. Recordaba a Ueno y las plácidas comilonas que le daba a diario. Admiraba la habilidad que su amigo tenía para cazar. Le causaba asombro. A los ejemplares perrunos les parece inexplicable la forma humana de atrapar presas. Siempre se preguntan cómo es que entran a pequeños lugares con letreros titilantes de la ciudad y de repente salen con un equipado botín: piernas de pollo, alas de pavo, cotillas de res y espinazos de cerdo. “¿Cómo lo hacen? se preguntan. Es maravilloso. Deberían enseñarnos el secreto”.

Después de años ingeniándose para sobrevivir y atrapar alimentos de la calle 'Hachi' era el ser más conocido y admirado de por ahí, tanto así que los vendedores antiguos de las carnicerías, plazas de mercado, panaderías y floristerías hicieron varias campañas para vacunarlo y darle de comer. Ya no pasaría hambre. Después de cierto tiempo, ante semejante historia, la gente no solo le ayudaba al perro sino que lo hizo famoso en varios periódicos locales. Hachiko fue primicia en las páginas de los diarios más importantes de todo el país.

Llevaba horas caminando y aunque a su paso encontró uno que otro gato para perseguir, 'Hachi' alcanzó a llegar a las cinco de la tarde a la estación ese 21 de enero de 1935. Esta vez con un tumulto de gente que le esperaba para darle la bienvenida. Era la inauguración de su figura de bronce. La muestra de su espera.

Pero el perro no se percató del suceso. Su única reacción frente a la estatua gigante de bronce fue alzar la pata trasera y orinar encima del pie de metal. Después de marcar el territorio siguió aguardando y calentando las esperanzas por un buen tiempo.

Un mes después, con las flores que indicaban el inicio de la primavera golpeando su viejo lomo, y con arrugas encima de los ojos y el pelo desteñido por su avanzada edad, Hachiko cerró los ojos y recordó la última lección de su madre.

“Recuerda pequeño, si lo que quieres está enterrado escarba hondo hasta encontrarlo”.

Con la dificultad de excavar con las uñas roídas y llagas abiertas de sus patas delanteras, 'Hachi' tomó aire y empezó a cavar en la tierra seca junto a su copia de bronce hasta quedarse dormido. Fue la siesta más placentera de su vida. Nunca despertó.

De pronto distinguió su tan anhelado rostro. Ueno salió de la estación y esta vez su rostro pálido estaba más blanco y alegre que de costumbre. El fondo de la estación era luminoso, rodeado de humo blanco y una bruma prolongada hacia el fondo. Él le batió la cola como jamás lo había hecho.

Parece que Hachiko y Ueno ahora están juntos en un mundo donde los minutos son irreales y las enfermedades no se interponen. Seguramente más allá pueden jugar hasta altas horas de la noche sin ninguna contrariedad, ni siquiera la muerte que les interrumpa sus emotivos encuentros. Desde allí saben que la estatua sigue ahí para inmortalizar ese lazo invisible e indestructible que existe entre humanos y perros. Hachiko de bronce continúa en la estación de Shibuya. Lleva setenta y siete años, un mes, veintidós días, doce horas, y cuarenta y tres minutos. Y mañana, mañana seguirá allí.



## LARGA VIDA AL REY

Al medio día, en una de las salas de la Casa de Subastas Christie's en Nueva York no cabía un alma. Dos meses antes los medios informativos habían anunciado la subasta del espejo de Elvis Presley, el único objeto del cantante que conservaba desde su juventud y estaba en su cuarto el día de su muerte.

Era un artefacto inusual para ser subastado. Por lo general, los objetos que más demanda tienen en el mercado musical son los instrumentos, vestimentas, contratos o partituras. Sin embargo, al conocer la historia inventada por un ingenioso publicista que trabajaba para un prestigioso empresario interesado en vender muy bien el objeto, los aficionados no tardaron en comprar las boletas para asistir al evento del año, competir o tan solo ser testigos de quién se llevaría el premio mayor ese día. Supuestamente el espejo tenía un valor incalculable, pues el artista había tardado años en buscarlo y había reflejado en este su figura y sus cambios emocionales y físicos durante sus mejores y peores momentos.

Lo curioso es que así fue. Sin siquiera pasarle por la cabeza a tan hábil profesional de la publicidad que su creativa historia fuera realidad, el cuerpo cóncavo incrustado en un marco de metal sí fue el espectador mudo del cambio drástico de la imagen de Elvis. Nunca le mintió. En los últimos años, le mostró sin piedad al cantante el sobrepeso que adquiriría con velocidad a medida que vaciaba su alma.

Obvio, esa realidad no sucedió de un día para otro, tan solo era que en sus últimos días el artista no tenía cabeza para preocuparse por su aspecto físico. Para muchos fue algo inexplicable. Porque un año antes de su muerte era el hombre más guapo del estrellato. Así

preferían recordarlo. Cuando se paraba frente al espejo, su ego aumentaba, se volvía irresistible. Al bajar de las limosinas para dar sus primeros conciertos, millones de mujeres enloquecían; se abalanzaban sobre él y se peleaban para rozarle aunque fuera el dedo meñique. Era suficiente.

Cuando la puerta del auditorio se abrió, hacia la una de la tarde, apareció el anhelado objeto. La subasta comenzó con un precio inicial de doscientos mil dólares y la suma fue cambiando a medida que crecían las ofertas de los millonarios aficionados musicales. Las palabras del publicista acrecentaron aún más los deseos de los competidores por llevarse 'la posesión más preciada de Elvis Presley'.

“¿Quién dice que al espejo no le hace falta su imagen? El reflejo de antes. Desde luego. Mírenlo. Todos saben que los espejos necesitan de las personas, de las siluetas de los seres para sobrevivir. De lo contrario se vuelven artefactos inútiles que van a parar en algún salón frío y solitario. A donde llegan todas las pertenencias de los famosos. Era obvio lo que al pobre se le avecinaba si Elvis no despertaba: su exhibición en una sala interminable de un museo atravesado por una banda roja para impedir que nadie se le acercara. La leyenda dice que el artista tardó más de tres años en encontrar este espejo. Lo buscó en varios estados de América hasta que compró este. El más fiel para mostrar su reflejo. Señores, en sus manos está el futuro de tan invaluable objeto”.

¿Y es que si no era el espejo, qué otra cosa podría reafirmar el atractivo de Elvis? Sus labios eran perfectos. Se engrosaban más al sonreír. Invitaban a besos largos y apasionados. Su pelo negro brillaba, y bajo las luces del escenario se intensificaba con la gomina

embadurnada en las puntas para dejarlo tieso como una roca. ¿Y qué decir de sus ojos? Azules profundos y transparentes. Eran el reflejo de su pasión. ¿Cómo no presumir sus nuevas vestimentas? Era un muchacho lleno de esperanza. Aliento puro. Elvis tenía una tremenda obsesión. Semanas antes de cumplir los veintidós años se prometió encontrar el artefacto que casara de manera perfecta con su manera de ser. Un espejo que reflejara su carácter revolucionario y escondiera su inseguridad y espíritu infantil. Uno que solo revelara la máscara de chico estable y maduro. Con el tiempo esa pretensión fue inútil. Su amigo sin piedad fue mostrándole su esencia. Un aspecto degradado que se hacía evidente en varios cúmulos de grasa y una imagen desgastada, sin ganas de luchar.

El primer Elvis mostraba nobleza. Su reflejo era transparente e ingenuo. Sus manos no destapaban frasquitos de pastillas ni desocupaban el refrigerador como lo hacía al final de sus días. Tan solo punteaban las cuerdas de la guitarra. Mostraban las ganas de hacer buena música. Después de terminar el día, se sentaba en frente al piano que a propósito fue subastado en un millón de dólares y lo tocaba junto a la ventana. Allí llegaba la magia. Tenía buen oído. A veces sacaba nuevas notas y el instrumento hacía el máximo esfuerzo para subir al tono que él requería. Daba lo mejor de sí. Porque si bien es cierto que el fuerte de Elvis era la guitarra, el piano era parte de su intimidad musical. Prefería interpretarlo cuando estaba en casa.

En esa época, hacia el año 1959, el muchacho estaba feliz. Tal vez era la edad. En esos años el tiempo parecía que se detuviera, lo jóvenes quisieran que las horas pasaran más rápido y más aún cuando se adueñan del mundo. Ya con el transcurrir del tiempo, quieren detenerlo.

Una lucha inútil. El reloj corre más de prisa, como si se encontrara en una carrera de vida o muerte. Fue el momento en que empezó a soñar con tener un espejo especial. Ese que reflejara lo que el mundo percibiría en el futuro: talento y hermosura.

Mientras improvisaba nuevas maneras de hacer música imaginaba cómo sería el objeto. El marco tenía que ser dorado con incrustaciones de plata, bronce y piedras preciosas. Su reflejo cristalino debía mostrar su cuerpo entero. Así podría presumir los trajes que anhelaba tener cuando fuera famoso: pantalones ajustados de cuero, gafas oscuras y capas similares a las de su héroe, el Capitán Trueno.

Pero en ese entonces era una época difícil. No tenía trabajo ni dinero para comprar un artefacto tan exclusivo. Elvis apenas era un chiquillo probando suerte en otra localidad, Memphis, Tennessee. Un músico soñador y respetuoso a la vez. Era evidente la falta de su amigo reflector. Sus vestimentas lo decían todo.

Un día, en las calles estaba ensayando un nuevo número que presentaría al día siguiente en una taberna que lo había contratado. Su estilo fue suficiente para llamar la atención de los policías que desconfiaron de inmediato. Lo confundieron con un delincuente. Para salir del atolladero a Elvis solo le bastó decir algunas palabras. Les habló pausado, en un tono suave y relajado. Tomó su guitarra y entonó una balada romántica. El asunto fue tan convincente que los dos uniformados resultaron en el bar la noche siguiente mirando el show de Elvis. Quedaron maravillados.

Su carácter revolucionario lo reflejaba en la música y en su imagen. ¿Quién iba a pensar que aquel ritmo que él improvisó iba a resultar? Las fusiones *country* de los blancos y el

*rhythm and blues* de los negros fue tan solo un pasatiempo, un ensayo que después de sesenta años sigue vigente. En ese entonces, los expertos no daban un peso por esa música arrebatada.

En esos primeros años haciendo música el público fue ciego ante su talento. Cuando se levantaba sentía hambre. Curioso. En sus últimos años comió todo lo que no pudo ingerir durante aquella época. Estaba cansado de pedir permiso en las tabernas para tocar una que otra canción. En algunas lo echaban a patadas y en otras lo dejaban cantar un solo tema.

Pero la vida cambia y el fluir de la naturaleza no se hace esperar. El destino. En una madrugada, cuando el sol hizo el relevo con la luna, la situación dio la vuelta. De repente, alguien notó el hechizo de su interpretación; la insólita manera de hacer música. Interpretaba el *blues* de una manera casi diabólica. Toda su energía estallaba de modo salvaje y caótico. El show era impresionante. Se tiraba al piso y se arrastraba punteando la guitarra. Parecía poseído. Eso le interesó a un productor famoso: Sam Phillips. Sí, ese era su nombre. Varias de sus carcajadas se escucharon en la mansión de Elvis cuando se embriagaban juntos hasta el amanecer.

Lo extraño era que Elvis solo se divertía. No se lo tomaba en serio. Estaba convencido de que lo suyo eran las baladas románticas. Eso decía. Pero le empezó a gustar este género, así que cuando ensayaba en su cuarto, su cara y su cuerpo se transformaban. Se desdoblaba por completo, le daba paso a sus instintos y dejaba fluir la música a través de su cuerpo. Inventaba pasos nuevos, se tiraba al suelo y el éxtasis se adueñaba de su ser.

Hacia el año 1962 su figura revolucionaba el mundo y su música causaba sensaciones jamás imaginadas. Con Johnny Cash y otros artistas intentaban componer nuevos temas desde la sencillez y la honestidad. Luego vino el torbellino de la fama, la riqueza y todo lo demás. Fue el momento de adquirir el objeto tan anhelado.

Fue Sam quien convenció a Elvis de reinventar esa música popularizada entre los padres y abuelos. Con él a la cabeza, las melodías pronto tuvieron un giro inesperado. Así nació el *Rock and Roll* que hasta ese momento no era sino dos eufemismos negros para describir el acto sexual. Nació un nuevo género. Una nueva figura. Una nueva imagen que se percibía en su reflejo. La revolución musical de los años sesenta.

Por aquella época Elvis necesitaba un descanso prolongado. Las jornadas de ensayo eran extenuantes. Los conciertos a veces lo aturdían. Pero la exaltación que producía entre los jóvenes lo llenaba de aliento para continuar en marcha. La multitud era frenética y exigente. Las adolescentes enloquecían cuando subía a la tarima y tomaba la guitarra en sus manos e invitaba a los otros músicos a acompañarlo en su interpretación. El aire se sofocaba. El público sediento pedía a gritos *Rock and Roll*. ¿Qué esfuerzo tenía que hacer el espejo? Ninguno. Su imagen era perfecta.

Pero de nuevo el destino dio la vuelta. Los días se nublaron. El apetito se volvió insaciable. Devoraba todo lo que encontraba a su paso. Le encantaban las hamburguesas, pero, eso sí, las últimas que ingería en el día le provocan hastío y vomitaba hasta quedarse dormido para despertar insatisfecho y comenzar de nuevo. ¡Qué fastidio! Lo mismo le pasaba con las mujeres y con las pepas que guardaba en ese pequeño frasco.

Estaba ávido de pistas. Necesitaba magia, algo inusual que le indicara los pasos a seguir. Debió ser por eso que a menudo consultaba a la señora Luna. Una mujer disfrazada de bruja que decía adivinar el futuro. Era horrorosa. Para fortuna del espejo nunca tuvo la desdicha de tenerla en frente y mostrarle su facha. Nadie confiaba en ella. Su mirada decía que solo quería divertirse y aprovecharse del apetito de la figura musical de esos tiempos. Su necesidad de una vida tranquila. Esa que ya no encontraba ni en su familia, ni en su talento y mucho menos cuando se miraba frente al espejo. Estaba fatal.

Después de una oferta de quinientos mil dólares se hizo silencio. El encargado comenzó el conteo: 'quinientos mil dólares a la una, quinientos mil dólares a las dos y quinientos mil dólares a las...' No alcanzó a decir a las tres, cuando el asesor interrumpió nuevamente, agarró el micrófono del subastador e incitó a los participantes a proponer una mejor oferta.

- Señor, no puede hacer eso. Es prohibido.
- Regáleme un minuto. Los aquí presentes deben escuchar algo. Señores, para el espejo seguramente resultó ser una tranquilidad que Elvis lo ignorara en sus últimos días de vida. Personas cercanas dicen que el último mes ni se acercó a él. Y tuvo que ser porque su figura era realmente aterradora. ¿Para qué querría verla?, menos proyectarla. El muchacho fresco que enloquecía a las mujeres desapareció. Al final de eso solo quedó un esperpento. Una figura terrible.

En definitiva, eso fue lo que pasó. Tres semanas antes de su muerte el amigo de Elvis, Wikinson, fue a visitarlo y notó su agotamiento. Era evidente. Sus pómulos abultados escondían sus ojos azules, no cabía en una sola silla y las bolsas en sus párpados mostraban

la falta de sueño. En el último concierto apenas pudo sacar adelante dos temas completos, lo demás fueron puras introducciones. Improvisación pura.

- Jefe, ¿por qué no cancela el próximo concierto y se toma un año libre?
- No te preocupes, estaré bien.

A las tres de la tarde la suma ofrecida en la subasta ya iba en un millón doscientos mil dólares. Y el publicista y su jefe se miraron. Estaban conformes. De ese modo se quedaron tranquilos, esperando el cierre del evento.

Nadie pudo adivinar mejor que aquel ambicioso personaje el valor del espejo de Elvis Presley. Fue al azar, pero quién más si no el artefacto presente en sus últimos minutos para saber que la nostalgia por la partida de su esposa Priscila le generó mayor apetito la noche de su muerte.

Durante dos días nadie tuvo noticias de él. Alguien lo echó de menos. Abrieron la puerta a la fuerza y lo encontraron. Varios hombres con uniforme negro fueron a recogerlo para llevarlo al hospital. Su apetito terminó.

Glaucoma, perforaciones en el hígado, arterias ensanchadas y colón agigantado remataron el estado emocional de Elvis. Al fin colmó su necesidad monstruosa de ingerir todo lo que veía a su alrededor.

¿Quería irse de esta vida o fue un accidente? Al parecer quería irse. Pero antes hizo una merecida pausa y se despidió de su más auténtico objeto. Miró su imagen retorcida en su



cuerpo transparente y tomó más pastillas de las habituales, las pasó con un trago de whisky y brindó frente a él. Las últimas palabras que dijo:

“Larga vida. Larga vida al Rey. Al Rey del *Rock and Roll*”.

## SETENTA AÑOS DESPUÉS

Habían pasado cien años desde su nacimiento. Oía con la ayuda de un auricular. Veía con dificultad, pero nunca dejaba de trabajar. Siempre fue igual. El cansancio jamás la aturdió. Rita tomaba caminos que nadie había recorrido, devoraba cuanto libro de ciencia caía en sus manos, pasaba horas tras la lente del microscopio, tenía largos diálogos con científicos, iba a donde la invitaran para ayudar. Era hospitalaria y generosa. Y en ese momento recordaba.

Para ese día su trabajo seguía siendo duro. La semana siguiente tenía que decir unas palabras de agradecimiento, en frente del primer ministro italiano Romano Prodi, el ex presidente de la República Carlo Azeglio Ciampi, y los Nobel de Física y Química, Carlo Rubbia y Aaron Ciechanover.

Esculcaba en los libros tratando de recordar dónde había dejado el discurso. Buscaba despacio. A su edad ya no se afanaba, sus pensamientos no mostraban ninguna alteración. Sin querer, encontró su vieja libreta de apuntes. De inmediato vinieron a su mente aquellos primeros años donde recopiló y anotó cientos de fórmulas del desarrollo embrionario, la teoría que ocupaba su cabeza por esos años de investigación clandestina. En su memoria aún permanecían innumerables rostros. Hechos ordinarios y extraordinarios experimentados en su laboratorio doméstico.

Lo primero que recordó fue el desafío más grande su vida. Cuando tenía casi veintiún años se creía tonta y poca cosa. Sus hermanos mayores eran brillantes y ella se sentía inferior. Estaba decidida, no quería ser como su madre o sus tías, tejiendo en dos agujas y repartiendo el postre todas las noches, pero su padre, un ingeniero del siglo XIX se negaba rotundamente ante la posibilidad de que ella fuera a la universidad. Era normal. En aquellos tiempos las muchachas se dedicaban al hogar. Buscar un buen esposo y un padre para sus hijos era la misión de las señoritas italianas.

Le costó mucho convencerlo. Sin embargo, sus ojos inflamados de tanto llorar le enternecieron y finalmente accedió a la idea de que su hija fuera a la escuela de medicina.

“Sabes que no apruebo esto Rita, pero tampoco puedo impedírtelo”.

Pasando las páginas amarillentas de la libreta, que aún conservaba el lomo grueso y flexible, Rita reconstruyó el momento en que se quedó con ella. Siempre fue curiosa y observadora. El objeto llevaba guardado una década en la vieja biblioteca de su padre. A primera vista parecía inservible, sus páginas estaban en blanco. En ese momento estaba necesitada, contaba con el permiso de su padre para estudiar pero no con su dinero, así que una libreta nueva no le caería mal. Ahorraría cinco centavos, una semana de trabajo en la panadería donde iba en las noches, para costear sus estudios. Sin pensarlo, Rita se apropió de ella y anotó en cada una de sus páginas innumerables hipótesis acerca del género de las células y que estudiaría con profundidad años después, en plena Segunda Guerra Mundial.

El 15 de julio de 1938, en su cumpleaños número veintinueve, su madre le regaló un microscopio. No alcanzó a desempacararlo cuando tuvieron que huir. Rita se encontraba en el cuarto repasando lo que había visto en clase. Para ese entonces hacía una especialización en Neurocirugía que interrumpió casi de inmediato. Unos amigos de Adele, la madre de Rita, llegaron agitados a su casa con algunas advertencias. Decían que tenían que partir porque Musolini había publicado el Manifiesto de la Raza. En él había una serie de leyes que prohibía a la gente judía trabajar en profesiones relacionadas con la ciencia. Días después los nombres de la familia Levi Montalvini desaparecieron de la lista telefónica. La última vez que Rita trató de entrar a la biblioteca se le prohibió el acceso. Según los rumores, más adelante los iban a matar a todos.

Una semana más tarde echó una última mirada a su habitación; quizá no la volvería a ver nunca. Guardó el microscopio y la libreta de apuntes y partió con su familia hacia Florencia. Viajó a esa ciudad donde solo la acompañarían la incertidumbre y las ganas de investigar. Las personas se escondían donde podían, parecían topos refugiados en la profundidad de la tierra, y los trenes repletos de gentes carecían de aire. En medio del tumulto, Rita hacía a un lado a las personas que la empujaban mientras su mente se despojaba de la sensación de miedo. Estaba en otra parte. Concentrada en un nuevo saber. La molécula proteica que hallaría en sus investigaciones ocultas en un escondite al que llegaría pronto.

Al ver el lugar que los albergaría los próximos seis años Rita experimentó por primera vez en su vida una sensación de desasosiego. Estaba inquieta. Quería instalarse para continuar con su estudio pero la casa donde viviría era inapropiada. Al parecer era imposible.

Situada en una callejuela del centro de la ciudad se alzaba ese pequeño refugio de ladrillo. En el sótano oscuro y silencioso se alojaban unos cuantos amigos de la familia. Algunos eran profesionales, otros científicos o artistas italianos. Cuando hablaban lo hacían en tono bajo. Siempre susurraban.

¿Cómo era posible que en un depósito tan reducido se pudiera meter a tanta gente? La comida era escasa, casi nula. Lo poco que había se lo empezaban a pelear hombres, mujeres y niños. Pero a Rita poco le importaba. Desde entonces adoptó la costumbre de comer una vez al día. Con una sola merienda le bastaba para nutrir tantas neuronas en movimiento.

A ella no le molestaba en lo absoluto compartir su espacio con tantos individuos. Amaba a la gente. Pero le preocupaba carecer de un sitio adecuado para continuar con su investigación. Estaba evaluando la comunicación entre las células y necesitaba realizar unos cuantos experimentos, observaciones y ensayos con embriones de pato o de pollos.

Pero la idea de continuar y llegar al final de sus estudios embrionarios tuvo que esperar unas cuantas semanas hasta encontrar los medios suficientes. ¿Dónde iba a encontrar en ese momento huevos de aves? Mientras tanto pasaba el tiempo repasando las fórmulas de su libreta, leyendo, ayudando a las madres con la limpieza de los niños y charlando con

algunos biólogos que allí se alojaban acerca de la embriología y las moléculas que ayudaban a la comunicación de las células. Las conversaciones eran largas y apasionantes. Saltaba a la vista la pasión y las ganas de hacer ciencia.

Rita siempre se destacó por su elocuencia. Después de setenta años eso no había cambiado mucho. En esa vieja calle de Florencia parecía un loro parlanchín cuando se hablaba de medicina o biología. No se callaba. Las teorías y los ensayos se adueñaban de sus palabras. Decía una y otra vez que si lograba tener algunos medios para hacer unas observaciones comprobaría cómo una sola célula era capaz de crear un organismo completo. La necesidad por demostrarlo conmovió a un viejo bacteriólogo que quiso ayudarla. Juntos crearían un laboratorio artesanal para que continuara con su anhelada tarea. Fue lo mejor que Rita escuchó en los últimos meses. Trabajar de nuevo. ¡Qué buena noticia!

Sin pensarlo dos veces corrieron el camarote que se encontraba al fondo de la diminuta ventana. La luz era tenue. Un rincón oscuro donde de vez en cuando se asomaban unos pocos rayos de sol. Lo suficiente para trabajar algunas horas en el día.

Subieron a la primera planta de la casa y echaron mano de cuanto artefacto había para ponerlo a su servicio. El separador de la clara y yema de huevos sirvió como embudo, recogieron hasta la última gota del alcohol antiséptico que quedaba en el baño y con dos espejos decorativos de la sala fabricaron una pantalla adicional para ampliar la vista del microscopio que Rita traía desde Turín. Su nuevo laboratorio de medicina era bastante modesto. Sin embargo nada hubiera podido pagar la alegría de ese momento. Mirando su

vieja libreta de apuntes, después de tantos años, revivió esa emoción. Nunca se sintió tan contenta, ni siquiera cuando recibió el Nobel de Medicina en 1986.

Después de repasar las anotaciones desgastadas de su viejo tesoro, Rita se complacía. Parecía que no había pasado mucho tiempo. Estaba sentada en el sillón de su cuarto, al lado de la puerta. Parecía un cuadro. Todas las noches estaba ahí, examinando las observaciones de la última semana. Siempre fue así, un descubrimiento le llevaba a otro.

Desde el día en que construyó su laboratorio doméstico no paró de estudiar. Buscaba aves en el jardín de la casa e intentaba atraparlas para poder analizar sus células. Pero era complicado. Los niños le ayudaban, les parecía entretenido. Cuando Rita salía a la calle trataba de pasar desapercibida, simulando que la ciencia o el arte poco le importaban. Afuera había rumores y eso le molestaba. El aire estaba sofocado de comentarios fastidiosos y sensaciones de pánico que ella prefería evitar. La gente se quejaba. Decían que en Alemania, Austria, República Checa y en otros países cercanos al suyo había lugares adonde llevaban a los judíos a trabajar. Y que de allí no salían nunca.

Rita prefería seguir en lo suyo. La idea científica de hallar moléculas proteicas en las células que analizaba alejaba su mente de las noticias y las habladurías. Algunas veces no le daba tiempo para pensar en algo diferente.

Había rumores de que ella estaba investigando. Por eso se cuidaba de los ojos inquisidores. De noche era más fácil. Sin querer, los hombres que a veces la vigilaban se dormían. Ella

recogía huevos de pato en una de las veredas cercanas al refugio y los enfrasaba. Al regresar, descendía por un sinfín de escaleras desgastadas. A esas horas, la iluminación era nula. Era mejor esperar la luz del día para continuar.

Algunas personas que habitaban en aquel cuartucho escondido debajo de las escaleras que chirriaban de lo viejas la miraban con recelo. A veces le hacían alguna maldad. Cuando Rita estaba lejos, los niños arrancaban las páginas de su libreta para pintar garabatos. Estaban aburridos. Pero qué sabían ellos del contenido invaluable. Nuevas fórmulas que aclaraban el panorama embriológico y fisiológico de la humanidad. Observaciones acerca de la comunicación de las células y el factor del crecimiento celular.

¿Donde habría dejado el discurso? A sus cien años, la memoria era la dueña de momentos selectos. Se sentó a pensar. Su madre siempre decía que para encontrar las cosas perdidas, tocaba darse unos minutos y echar el pensamiento hacia atrás. Pero su cabeza estaba lejana. Miró de nuevo la libreta y con extrañeza clavó su mirada en el lomo, la alzó y la acercó a sus ojos. ¡Es increíble! caviló, las marcas nunca desaparecieron. Dejaron huella.

Fue una noche sombría cuando Rita olvidó la libreta en la calle. Hizo una parada para descansar y distraer a uno de los hombres que vestían camisas negras y la observaban desde hacía varias horas. De pronto la perdió de vista. Uno de ellos la recogió. Pasó las páginas y la sacudió con brutalidad para cerciorarse de que no tenía nada escondido dentro de las hojas. La libreta solo albergaba números que para el hombre resultaron insignificantes mamarrachos.



No pasaron más de dos días cuando Rita recuperó su libreta. Su amigo bacteriólogo vio la libreta tirada debajo de un camión e inmediatamente la identificó. Rita jamás se separaba de ella. Al tenerla nuevamente en sus manos, rozó un suave pañuelo seco sobre la pasta, mientras abría cada una de las páginas para saber en qué estado habían quedado. Los daños fueron solo estéticos. El contenido científico quedó intacto. Al finalizar la travesía solo quedó salpicada de barro y las marcas de unas llantas que seguro le habían pasado por encima. Ahora era un cuaderno apolillado, de donde extraer unas fórmulas que seguramente distraían a los ignorantes y alumbraban los recuerdos de Rita.

Después de varios años había ocupado más de cien hojas de su libreta. Rita al fin encontró lo que buscaba. Las células en el microscopio mostraron el agrandamiento del citoplasma. Lo que significó el hallazgo de mensajeros químicos fundamentales en el desarrollo celular, porque indican a las células cuándo crecer y cuándo dejar de hacerlo. Su gran descubrimiento en los seis años de la Italia de Musolini.

Con esa misma emoción que sintió en el año 1946, Rita trajo a su cabeza ese instante cuando salió del escondite donde permaneció tanto tiempo intentando respirar. Finalmente logró trabajar al aire libre. No era lo que estaba esperando porque ya se había acostumbrado a la penumbra, pero en definitiva, eso le hizo más placentero el trabajo. Nunca olvidaría esos años, los adelantos en embriología fueron inigualables por aquella época. El descubrimiento de la molécula proteica no fue precisamente a causa de la compasión de las musas. Fue la pasión excesiva, las noches furtivas y los días clavados ante la lente de un microscopio que se tornó siempre hospitalaria frente a sus ojos azules.

Después vino un sinnúmero de estudios y descubrimientos científicos. Hacia los años cincuenta tuvo el ciento por ciento de la evidencia de que uno de los hemisferios del cerebro está menos desarrollado y varía de acuerdo con cada ser humano.

En 1962, tras la invitación de un bioquímico y zoólogo llamado Viktor Hamburger, Rita fue a parar a Missouri. Por ese entonces no le agradó la idea de dejar su tierra. Eran días tranquilos y despejados. Pero las investigaciones y sus nuevos amigos científicos le abrían puertas en el nuevo país para seguir con sus avances.

Hacia los años ochenta, cuando los descubrimientos de Rita empezaron a utilizarse en el mundo, el cerebro humano dejó de ser tan misterioso. La importancia del descubrimiento de los mensajeros químicos radicaba en que antes de su hallazgo era muy poco lo que se sabía sobre la capacidad de las distintas células y órganos para comunicarse entre sí; después de Rita empezó la sutil comprensión de los mecanismos de control que regulan el crecimiento de las células y los tejidos.

Gracias a ella, el estudio del cerebro ya no era un privilegio de los anatomistas, fisiólogos o psiquiatras. Se tumbaron las barreras. Físicos, matemáticos, informáticos, bioquímicos y biomoleculares tenían más instrumentos gracias a sus estudios. Las posibilidades estaban abiertas a nuevos hallazgos científicos.

La mente de la Montalcini como es conocida Rita Levi seguía en el pasado. Repasaba una y otra vez, cada uno de los episodios que la llevaron a desenmascarar tantos enigmas médicos

y neurológicos en los años cuarenta. El producto de su pasión médica. De pronto recordó que el discurso no estaba allí. Lo había entregado a su asistente el día anterior. Ella lo llevaría al Aula Giulio del Ayuntamiento de Roma, donde le rendirían homenaje por su cumpleaños número cien.

Sus sentidos de la vista y el oído para ese momento habían descendido, pero su capacidad cerebral no. Seguía investigando. Nada la detenía. A la semana siguiente allí estaba. La misma mujer delgada en cuyos ojos aún se asomaba la belleza de la juventud llegó acompañada del alcalde de la ciudad, Gianni Alemann, con un traje de gala color turquesa. Más de cien personas se pusieron de pie para aplaudirle cuando leyó el último trozo de su discurso.

“... ¿Cuánto tiempo voy a vivir para seguir? No sé. Soy rebelde. Tengo cien años. Lo único que tengo claro y he dicho sin parar es que apenas mis factores químicos pierdan la capacidad de pensar me pongan a dormir. Un cerebro debe morir con dignidad”.